

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII

San José, Costa Rica **1934** Sábado 23 de Junio

Núm. 24

Año XV. No. 688

SUMARIO

Antonio Machado y el comunismo
Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia
Spengler delirante
Stanley Baldwin
Nocturno de los tejedores
Mientras un pueblo no conviva con sus artistas, no sabrá distinguir nunca su propio acento

Arturo Serrano Plaia
Antonio Machado
Luis Alberto Sánchez
Luis Calvo
Gabriela Mistral

Imagen de América
Alfredo Arvelo Larriva
A Lisandro Alvarado
Libertad y autoridad
Utopía y posibilidad
Finigénito

Alfonso Reyes
José Rafael Pocatererra
Alfredo Arvelo Larriva
Salvador de Madariaga
Mariano Picón Salas
José Santos Chocano

Antonio Machado y el comunismo

Por ARTURO SERRANO PLAIA

= De Luz, Madrid =

“¿Cabe una comunión entre hombres que nos permita cantar en coro, animados del mismo sentir?” En unas declaraciones que, “Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia”, ha publicado la revista “Octubre” en su último número, Antonio Machado plantea, con la anterior pregunta, algo que, de hecho, se halla latiendo en nuestro tiempo.

“Juan de Mairena” estima para ello necesaria la existencia “de una realidad espiritual, trascendente a las almas individuales, en la cual éstas pudieran comulgar”.

Porque si no es así—piensa “Mairena” en otra parte, en su **dialogado monólogo** con “Meneses”—no le quedaría nada que hacer al poeta, ya que, “desde el declive romántico”, la lírica se ha convertido “acaso en un lujo, un tanto abusivo, del individualismo burgués, basado en la propiedad privada. El poeta—continúa—exhibe su corazón con la jactancia del burgués enriquecido que ostenta sus palacios, sus caballos, sus queridas”.

Y es por la hasta ahora carencia de esa “realidad espiritual” de que antes hablábamos por lo que la poesía llega hoy a tal extremo. La poesía, la lírica sí es; es sentimiento individual de un contenido de destino amplio, grande: universal. Al quebrar el mundo ese destino, al vaciarse de ese contenido que le es dado—para que sea tal—desde los más diversos puntos de vista, es cuando el individuo falto de una común empresa heroica debe recluirse, debe revertir su heroica capacidad hacia dentro, hacia su yo más recóndito, para escapar de su angustiada soledad.

Y es entonces—afirma “Meneses”—cuando “el sentimiento acorta su radio y no trasciende del yo aislado, acotado, vedado al prójimo; cuando acaba por empobrecerse y, al fin, canta de falsete”.

El poeta no puede encontrar una auténtica vena lírica, una **lírica comunista**. Sólo como afirmación del prójimo en su propia afirmación, podría hacerlo. Únicamente como “cordial comunión entre hombres, parecía latente en la literatura



Antonio Machado
(1933)

Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia

= De la revista Octubre, Madrid =

I

¿Cabe una comunión cordial entre hombres, que nos permita cantar en coro, animados de un mismo sentir? Con esta pregunta se inicia—según Juan de Mairena—el problema de una lírica comunista. Para resolverlo es preciso buscar un fundamento metafísico en que esta lírica se asiente, una creencia filosófica, ya que una fe religiosa parece cosa difícil en nuestro tiempo. Sería necesario creer: primero, que existe un prójimo, una pluralidad de espíritus, otras puras intimidades semejantes a la nuestra; segundo, que estos espíritus no son mónadas cerradas, incomunicables y autosuficientes, múltiples soledades, que se cantan y escuchan a sí mismas; tercero, que existe una realidad espiritual, trascendente a las almas individuales, en la cual éstas pudieran comulgar.

Esta lírica comunista, de comunidad humana o de comunión cordial entre hombres, parecía latente en la literatura rusa prerrevolucionaria, de inspiración evangélica. Porque lo ruso, lo específicamente ruso, era la interpretación exacta del sentido fraterno del cristianismo, que es a su vez lo específicamente cristiano. “Moscou contra Roma” que-

(Pasa a la página siguiente)

rusa prerrevolucionaria, de inspiración evangélica”. En esta literatura, que era una reencarnación y depuración del cristianismo frente al católico fariseísmo romano. Pero ¿tenía sentido esta reencarnación? ¿Era, sobre todo, posible en nuestro tiempo? Probablemente no.

“Hoy Rusia abandona los evangelios, profesa a Carlos Marx y habla de un arte proletario”. Con ello sorprende extraordinariamente “a cuantos pensaban que el ruso empieza, precisamente, donde acaba el marxista”. Deshace el ya tópico pensamiento de que el marxismo ruso es cristianismo. Cuando, en todo caso, lo que hace la Rusia marxista “es volver del Nuevo al Viejo Testamento”.

Y estriba en esto, quizá, lo más importante de cuanto Antonio Machado expone mediante su “Juan de Mairena”.

“La visión de Carlos Marx—dice—es esencialmente mosaica: la prole de Adán, repartiéndose los bienes de la tierra”. ¿De la tierra de promisión de que hablaba Moisés! ¿De la tierra de promisión, hacia la cual conduce Moisés a su pueblo!

Y esta tierra de promisión es la de Rusia, la de esa Rusia marxista que ya hoy “trabaja para emancipar al hombre, ¡a todos los hombres!, de cuanto es servidumbre en el trabajo”.

Siendo así, “hay razones más que suficientes para no esperar de la Rusia actual el arte comunista de inspiración cristiana” que hubiera podido pensarse. Quizá porque este arte ya ha existido y aun recorrido un ciclo total de evoluciones, es por lo que se hace preciso encontrar hoy otros motivos de “comunión fraterna” que aquellos que sirvieron para la realización de este arte común que pudo, no obstante su comunidad de motivos, individualizarse en tantas facetas como individuos sensiblemente capacitados percibieron la universalidad del cristianismo.

Es, pues, preciso, recrear formalmente este objetivo de agrupación para los pueblos. Este objetivo que late constantemente en el hecho de la misma vida, como categórico imperativo consustan-

cial con ella, y que sólo en pasajeros tiempos de absoluta decadencia puede diluirse hasta quedar reducido al individuo.

Pero si no es la "inspiración evangélica", si no es el sentido cristiano de la fraternidad el que puede en nuestro tiempo triunfar del individualismo, ¿será posible encontrar la lírica comunista, el sentido poético universal que anhelaba "Juan de Mairena"?

Y es entonces Antonio Machado, el mismo Antonio Machado, quien, dejando situado en su tiempo a "Juan de Mairena", encuentra la solución al problema que sólo las almas universales, pueden atreverse a sentir: "Para triunfar del "solus ipse" (una fe metafísica como otra cualquiera y precisamente la propia de la sociedad individualista que vive hoy escudo al brazo enfrente de la Rusia soviética) será necesario una fe comunista—no nos asustan las palabras—que puede engendrarse en el seno de fraternidad laboriosa".

Y con esto queda también dado, sin duda, el sentido último del marxismo; una fraternidad laboriosa deviniendo puro sentir poético, una fraternal voluntad trabajadora como punto de partida para una valoración poética del trabajo mismo.

Sin duda para muchos van a ser estas palabras de Antonio Machado motivo de sorpresa horrorizada, cuando no de juicio contundente, sobre una posible decisión alocada y de última hora en que el poeta incurre al hablar de esta manera.

Desde aquí hemos de tratar de salir al paso de seguros remilgos ñoños o asustadizas gazmoñerías.

¿En qué consiste, cuál es la esencia poética de Machado? Se habla de la rudeza de su poesía, del sentido elemental que, entrañable y sencillamente, pone en las cosas.

Pero Antonio Machado ¿es rudo, elemental? Acaso sea Machado uno de los poetas más cultos de España, y, desde luego, el que más sabe vitalmente, si saber y cultura son cosas diferentes. Y entonces, ¿de dónde proviene su rudeza poética, la serie de sensaciones elementales que en nosotros despierta su "élan" poético?

Indudablemente, puesto que él no es rudo ni elemental, de los elementos objetivos que entran a formar parte de su poesía. Sin embargo, esta poesía de Antonio Machado no es objetiva, realista, naturalista al modo zolesco, aun cuando se hallen de continuo en ella referencias naturales.

Y ocurre que el campesino, la mula, el campo, son, para Machado, símbolos naturalmente cordiales de su vivir. La desolación del campo con la desolada miseria de los campesinos españoles, no son, para él, signos retóricos, sino entrañables frases de su contenido poético. Movimientos sentimentales—en el más hondo sentido de la palabra—de su

espíritu que implican constantemente el sentido poético común y consustancial a los campesinos.

Entonces su ya antigua preocupación poética de una lírica común con los hombres que naturalmente están en su corazón, es perfectamente consecuente con todo su anterior proceso de poeta humano, de magnífica y formidable humanidad poética.

Y al patentizarse en el mundo este anhelo de comunidad y su posibilidad de realización inmediata en Lenin, "en

el modesto y gigantesco Lenin", el modesto y gigantesco Antonio Machado no podía ignorarlo.

Y un día, tal vez no lejano, mientras

"La tarde está muriendo
como un hogar humilde que se apaga",

quizá pueda él cantar con todos los que han sentido esta llamada de humanidad, con todos los que hemos sentido esta humanidad, "en coro, animados de un mismo sentir".

Sobre una lírica comunista que pudiera...

(Viene de la página anterior)

ría decir entonces muy otra cosa de lo que hoy significa. El ruso, genuinamente cristiano, creía en la fraternidad humana, emancipada de los vínculos de la sangre. El corazón del hombre era para él la mónada fraterna, que por esencia no puede cantar sola, ni bastarse a sí misma, ni afirmarse sin afirmar a su prójimo. El espíritu romano era su antagonista. Sobre la mezcla híbrida de intelectualismo pagano y orgullo patricio erige Roma su baluarte contra el espíritu evangélico. Moscov era un alma; Roma, como siempre, un poder, que había tomado del Cristo lo imprescindible para defenderse de él.

Hoy, Rusia abandona los Evangelios, profesa a Carlos Marx y habla de un arte proletario. Con ello retrocede del Nuevo al Viejo Testamento. La visión profética de Carlos Marx es esencialmente mosaica: la prole de Adán repartiéndose los bienes de la tierra. "¡Justicia para el gran rebaño de los hombres! No hay renuncia posible a acomodarse en el tiempo. Las virtudes castas que reveló el Cristo son enemigas de la especie. Sois esencialmente prole, y como tal habéis de afrontar vuestro destino". La Rusia marxista ha sido una sorpresa para cuantos pensaban que el ruso empieza precisamente donde acaba el marxista, como empieza el cristiano donde acaba el sentido patriarcal de la Historia, el dominio del bíblico sentimental humano.

II

Hay razones acaso suficientes para no esperar de la Rusia actual el arte comunista de inspiración cristiana, la poesía de comunión fraterna a que aludíamos. Pero hay razones más hondas para no creer demasiado en el marxismo ruso y para esperar ese arte y esa

poesía de la Rusia de mañana, que será la de ayer y acaso la de siempre. No vayamos demasiado de prisa. Es posible que el marxismo no sea un elemento tan heterogéneo con el espíritu ruso como algunos pensamos. Es posible también que ignoremos todavía cuál es la honda y popular interpretación rusa del marxismo. Y lo probable, lo casi seguro, es que Rusia no sea tan infiel a sí misma que renuncie a su misión histórica, esencialmente cristianizadora.

III

Hasta aquí lo que hubiera pensado Juan de Mairena si hubiese vivido en nuestro tiempo con la mentalidad del suyo. Y probablemente hubiera añadido: "Con todo, de cuanto se hace hoy en el mundo, lo más grande es el trabajo de Rusia. Porque Rusia trabaja para emancipar al hombre, a todos los hombres, de cuanto es servidumbre en el trabajo.

Para triunfar del "solus ipse" (una fe metafísica como otra cualquiera, y precisamente la propia de la sociedad individualista, que vive hoy con el escudo al brazo enfrente de la Rusia soviética) será necesaria una fe comunista—no nos asusten las palabras—, que puede engendrarse en el seno de una fraternidad laboriosa.

¡Fraternidad! He aquí la palabra rusa por excelencia. Cuando se lee lo que nos cuentan de Lenin, del modesto y gigantesco Lenin, y se recuerdan sus palabras (muchas que pronunció y muchas que supo callar), se comprende cuánto supera el corazón del eslavo a la inteligencia del pensador alemán. Y se presiente una reacuñación cordial del marxismo por el alma rusa, que puede ser cantora, lírica y comunista en el sentido humano y profundo de que antes hablamos.

Antonio Machado

Spengler delirante

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

= Colaboración. Lima. Mayo de 1934. =

Predeterminación

Nada caracteriza mejor el pensamiento de Oswald Spengler, el gigantesco elegiaco de *La decadencia de Occidente*, que dos definiciones suyas tomadas de otro libro — *El hombre y la técnica*—: "el optimismo es cobardía" y "la duda es desesperación". Cuando un hombre tiene tales pensamientos y habita en un medio caótico y desgarrado como es el medio alemán desde 1918, se comprende perfectamente por qué el pesimismo ha adoptado acentos positivos y proféticos en su reciente obra titulada *Años de de-*

ciación (ed. "Ercilla", Santiago de Chile). Esta vez "El súbdito" de Heinrich Mann se ha rebelado; y adopta un aire matonesco, de profesor de energía, pero, precisamente, de una energía denunciatoria de debilidad. El libro de Spengler, denso y sugestivo como todos los suyos, acusa desesperación y exasperación. Spengler tórname frenético. Delira con fechas y datos históricos. No es raro que por eso su libro haya caído tan bien en el actual delirio alemán. Un publicista nazi ha realizado la tarea de evidenciar que el elegiaco de "La decadencia de Occidente" se halla muy cerca del

nacional-socialismo hitlerista. Si hubiera repetido las propias palabras de Spengler, en el prefacio de "Años de decisión", hubiera bastado. "He odiado desde el primer día la sucia revolución de 1918", exclama el escritor al iniciar su obra. Tal aseveración ahorra la pesquiza. Sabemos que nos hallamos ante un pensamiento reaccionario y kaiseriano. Repito: el súbdito de Heinrich Mann se ha sublevado inclusive contra su propio padre. ¿No pertenece Heinrich Mann, con Thomas Mann, Emil Ludwig, Leonardt Frank, von Uskul, Einstein y otros a la categoría de los autores repudiados por el hitlerismo y emigrados de Alemania?

Prusianismo y socialismo

Desde luego, "Años de decisión" es un libro indispensable como todos los de Spengler. Tóxicamente indispensable. El gran elegiaco se presenta como un irreductible alemán. Todas las amarguras de 1918, toda la contenida protesta contra Versalles, todo el dolor contra la derrota, todo lo que hay de salobre y triste en su espíritu lo libera Spengler atacando a la República. Delátase así francamente kaiseriano, militarista y dictatorial. El prusianismo emerge, y él no lo niega. La lucha de clases es reemplazada por la lucha de razas, pero sus pronósticos son trágicos. No obstante de que conoce sobradamente los hechos de la historia, la pasión le hace incurrir en confusiones verificables a primera vista, como la de confundir "economía" con "capitalismo" (pág. 35 y 37) en la descripción animadísima que hace del desarrollo económico-político—del mundo. Y cuando intentando dar primacía a la solución política sobre la económica, exclama que los Vikingos realizaban la idea de Estado—antes que la de empresa—en sus viajes, insinúa tácitamente que apesar de que él no lo quisiera afirmar—los Partidos Políticos, los Sindicatos y los Gremios son, dentro de igual criterio. Estados, más que las expediciones Vikingas, o sea que realizan la función política que Spengler requiere como primordial y necesaria. El ardor irrefrenable del estilo no permite que el pensador escamotee su pensamiento, aunque el mismo fragor de la carrera lo arrastra a contradicciones. Pero, al menos, ratifica su posición "prusianista", esto es, de acuerdo con las tradiciones de Prusia. Sólo que, al negar implícitamente tradición al socialismo alemán, olvida que la tradición de un pueblo nunca es una sola; y que, paralelamente la desenvuelven dos tradiciones: la una, más visible y vistosa, la tradición de la clase dirigente; la otra, más callada, reprimida incesantemente, la tradición de la clase dirigida. No podría decir si hay excepciones, pero, al menos, en América esto es indudable.

La cuestión de las clases

Asignando la paternidad de la guerra de clases al racionalismo, Spengler avanza la afirmación inexplicable en su posi-

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

ción intelectual: "Gritan (¿quiénes?): ¡no más guerras!—pero quieren la **lucha de clases**". La verdad es que la lucha de clases nadie la quiere. Se la acepta como un **hecho** histórico, y como tal se trata de solucionarla en una forma u otra. Los conservadores, al hablar de conciliación entre el capital y el trabajo, constatan que existe la batalla, esto es, la lucha. Los marxistas al pretender que la lucha se active para que termine rápidamente con el triunfo de la clase mayoritaria, no "quieren" la lucha de clases, sino, al revés, "quieren acabarla" pero con la victoria de la Justicia. Mas... la Justicia no está en la mayoría sino en la minoría, no en la cantidad sino en la calidad, prosigue Spengler. Desde las cumbres de su cultura y de su educación regional, este criterio se explica, aunque habría que recordarle sus propias palabras, "Alemania no es una isla", y, por consiguiente, la mentalidad del insigne profesor alemán no significa, en modo alguno, la exactitud con respecto a otras latitudes.

Una de las características del marxismo consiste, precisamente, en admitir la influencia del ambiente, y en ello convienen los teóricos más reputados. Por eso, sin duda, cuando se refiere a la imposibilidad de que en Nueva York haya alguien que critique el sistema imperante (pg. 53), olvida que Sinclair Lewis, Theodore Dreiser, Upton Sinclair, Wal-

do Frank y aun O'Neill, han criticado amargamente el pensamiento ambiente de sus connacionales, sin que les hayan ocurrido las trágicas persecuciones que Spengler imagina para los heresiarcas.

Pero, esto no cabe en la formidable capacidad de Spengler. Hay una frase que lo muestra: "El juego de dados por el dominio del mundo ha comenzado. Se acabará de darlo entre hombres fuertes. ¿No podría haber alemanes entre ellos?"

La obsesión de la guerra

Spengler no olvida, no olvidará jamás la pasada grandeza alemana. No dejará de pensar, por consiguiente, en la posible grandeza futura. Y aunque con frase suya tomada de "El Hombre y la Técnica", la Historia "no tiene para nada en cuenta nuestras esperanzas", no es posible negar el vigor alucinante de este pensador convulso, pero siempre lúcido y agudo. Pues, dentro de aquella aspiración justificada a recuperar el poderío ausente, Spengler se echa en brazos de la solución guerrera. Aunque ya lo decía en "La Decadencia de Occidente", más atenuadamente y velándolo bajo formas de "culturas", ahora la afirmación surge categórica: "La historia humana es la historia de las potencias políticas, y la forma de esta historia es la guerra" La paz es también una parte de la guerra, pero ¿no cabe, justamente, todo lo contrario, y decir que "la guerra es una parte de la paz"? La Historia no nos demuestra otra cosa. Y, además, nos enseña que cada vez, a pesar de conflictos latentes, la guerra física, la guerra tangiblemente cruenta, se aleja como en el período, que Spengler llama "anormal" de 1870-1914. Los adelantos técnicos, los acuerdos de naciones y las complicaciones económicas retardan el estallido de toda guerra. A ello no es extraña la seguridad de que toda guerra lleva en sus entrañas la revolución. Ejército vencido es germen de descontentos y de fuerzas de asalto; ejército victorioso conduce al militarismo.

Para justificar su criterio de la fuerza, Spengler categóricamente dice: "Todas las revoluciones parten de la disolu-

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

SE COMPRA *Prosa* (Cuentos y crónicas), de Manuel Gutiérrez Nájera y *Amor y lágrimas* (Poesías escogidas), del mismo autor. Ambos libritos editados en la COLECCIÓN ARIEL, San José de Costa Rica, Nos. 2 y 13 de dicha serie. Entenderse con el Adr. del *Rep. Am.*, en esta ciudad.

ción de la soberanía". De esta suerte toma como conclusión una de las premisas. Porque ¿qué es lo que disuelve la soberanía? ¿Su exceso de confianza, su embotamiento solamente? ¿O también la acción del descontento, que es forma previa de la revolución? Bujarín señala en "El Materialismo Histórico", como uno de los factores de la revolución, el debilitamiento del poder; pero, para llegar a esto se requiere que la revolución comience antes. Y siempre ha sido así. El poder no se mina a sí mismo; lo minan las condiciones específicas de cada tiempo. La soberanía se disuelve porque es incapaz de contener la marea de inconformidad que sube hasta ahogarla; cuando esto ocurre, el golpe de estado o la insurrección no representan sino el golpe de gracia, pero en manera alguna son la revolución misma. La insurrección es una etapa de la revolución; de ningún modo es toda la revolución.

La pasión enceguece

En general este apasionante libro de Spengler es el alegato de un obcecado. Al profesor y al profeta, acostumbrado a vislumbrar panoramas, se le perdió la serenidad, y le ha ocurrido la historia del miope cuyos espejuelos se extraviaron en el bosque. Columbra los árboles conocidos, la selva familiar, pero perdió el sentido de la distancia. Todo cobra extrañas dimensiones y extraños contornos en torno suyo. Tal desorbitación se explica y adquiere un acento patético que llega al corazón. Spengler protesta, con toda su ciencia, de la absurda e injustificable condición a la que Versalles arrastró a Alemania. Su vehemente condena no vacila ante nada. Como buen soldado, pone en servicio de su Nación—que no es amorfa ni sin meta, como él afirma que es el concepto de Nación—sus mejores armas: su erudición, realmente prodigiosa, su capacidad generalizadora, sus brillantes adjetivos, su estilo lapidario, su audacia de afirmar, su cultura largamente elaborada, sus más logrados pensamientos, y un ardor, un frenesí, un fuego que todo lo devora, que todo lo consume, inclusive, a veces, hasta al propio Spengler.

No he comentado hasta acá sino una tercera parte de "Años de decisión". Pero, ¿no es verdad que el fervor de este alegato alemán conmueve más de lo que convence; admira más de lo que persuade; subyuga más de lo que ilumina? Al elegiaco de "La Decadencia" lo ha reemplazado el profeta ululante y magnífico de "Años de decisión". Podrá uno estar en desacuerdo—y lo estoy radicalmente—con el meollo mismo de la obra, mas ¿acaso porque no ha sonado la hora del Apocalipsis y nadie vió a los cuatro jinetes, ha disminuído la fama y la atracción de Juan de Patmos?

EN La Habana consigue el *Repertorio* con «Cultural S. A.», Librería Cervantes. (Av. de Italia 62).

POLITICOS INGLESES

Stanley Baldwin

Por LUIS CALVO

— De *El Sol*, Madrid.—Envío de Billo Zeledón. —

Macaulay ha dejado una pintura muy sabrosa del "esquire" o hacendado inglés en su "Historia de Inglaterra". Para conocer bien a Baldwin hay que leer esa pintura. Viene de un linaje de labradores ricos y de paño pardo con rejas de plata, como decía Alfonso el Sabio de los señores del campo y del ganado, padres, como Cincinato, de las repúblicas. Los "esquires" ingleses eran muy puntuosos en materia de genealogía y escudos de armas. Lucharon contra Cromwell en Edgehill y respaldaron con rudeza, ignorancia y honestidad de patricios de la tierra la galantería cortesana de los gentileshombres de Carlos I. Dieron cimientos al "torysmo". Y un día, un día en que Inglaterra dejó la esteva del arado por la brújula del marino, el "esquire" rústico, belicoso y desprendido, formó una nueva clase de mercaderes. Mercaderes también de rejas de oro y sedas y paños finos. Mercaderes del noble linaje de los venecianos y florentinos, que no del estrecho y cicatero de los escoceses educados a la manera de Francia, donde no ha existido nunca—decía De Quincey—una clase de príncipes mercaderes.

Baldwin viene a ser la superación intelectual y artística de esa clase de "esquires" y mercaderes. Aquí le dicen muchas veces que es un resumen cabal de todas las virtudes y los defectos del hombre inglés. Tiene lo que se llama cualidades "sterling", esterlinas como las libras. Es el sencillo, el honesto, el feliz, el optimista, el porfiado, el prudente, el calmoso, el que mejor pacta y "compromise", el que mejor puffs the pipe, el

más rutinario, el más indolente, el más cargado de sentido común de todos los políticos de Inglaterra. El inglés medio lo adora. Y a mí, espectador, es el único político, que me atrae. Porque no es un listo, ni un imaginativo, ni un arbitrario. Los ingleses aborrecen al hombre listo tanto como los españoles lo celebran. Baldwin, además, con esa flema de fumador imperturbable de pipa, con ese labio superior rígido e inflexible y esa nariz porruda, y esos ojos zarcos, obstinados y desconfiados, y ese volumen de John Bull, y esa pulcra negligencia en el vestir, y esas alas amplias de pajarita almidonada en el cuello, y esa andadura estevada, Baldwin, digo, es además un artista del lenguaje y un humanista, y un cantor apasionado de su tierra y de los hombres, de las brumas y los animales de su tierra. En Worcestershire, cuando descansa, cuida de los cerdos, que son su "hobby" (digamos afición o manía). Pues los poetas griegos y latinos, y Shakespeare, su ídolo, más que afición, son su profesión y su vida misma. Con la pipa cargada sobre el bello protuberante y los calcañales subidos al manto de la chimenea, Baldwin ha consumido más de la mitad de sus sesenta y siete años leyendo a los clásicos en su original y recitando versos de Shakespeare. ¡La política pesa tanto a su indolencia!

Stanley Baldwin, que ha sido dos veces primer ministro y primer lord de la Tesorería, es hoy presidente del Consejo, con Macdonald como primer ministro. El primer ministro inglés no es nunca el presidente del Consejo (del Consejo privado). Como en Inglaterra no se pierde ninguna tradición, el Consejo privado es el mismo grupo de consejeros que los Reyes tenían en los siglos XVI y XVII, cuyo número es hoy de cerca de cuatrocientos. Carlos II, alarmado por la extensión que iba tomando el Consejo, acordó escoger a un grupo de hombres, que se llamó Cabal—y hoy Gabinete—, para confiarles los secretos de Estado y requerirles ilustración. El jefe de este Gabinete es hoy el primer ministro, y el jefe de aquel Consejo es el lord presidente del Consejo. En la actualidad, Macdonald y Baldwin, respectivamente. Unas veces es el primer ministro más poderoso que el presidente del Consejo, y otras, viceversa. Ahora, desde el 31, domina el viceversa, que tiene el nombre de partido Tory. Pues Stanley Baldwin es el jefe de la rama más frondosa de los conservadores. Le gusta la sombra y el anónimo. Detrás de todas las decisiones del Gobierno, la pipa de Baldwin humea incansablemente.

Hoy me he fijado en él porque anda

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

como un peregrino por las ciudades de Inglaterra cantando a la democracia. Inglaterra cantando a la democracia. "Creo—es su "leit-motiv"—en la cooperación entre los hombres de diferentes clases y condiciones. Creo en un Gobierno nacional. Creo en la libertad de conciencia y de expresión. Creo en la democracia. Pero no creo en la revolución de derechas o de izquierdas. No creo en un partido nacional. No creo en la dictadura. Creo en la tradición. Nuestra democracia es nuestra, y no de prestado. Y en ella están todos los remedios". Baldwin, tiene la simpatía de todo el país. Hasta los socialistas respetan su patriotismo y honradez, su parsimonia de gesto, de palabra y de pensamiento. Esta parsimonia le elevó al cargo de primer ministro cuando los ingleses se cansaron de la agilidad, de la inquietud, ingenio y viveza de Lloyd George. Se cuenta que en 1925 un "tory" llevó al Parlamento una moción contra los Trade Unions. Los extremistas del partido se apercebían a dar la batalla contra el laborismo. Baldwin, primer ministro, defendía a los Trade Unions. Iba a sobrevivir una escisión y acaso una crisis. Baldwin tenía que hablar. No podía excusarse. Y por fin habló. Lenta, nerviosa, vacilantemente, escogiendo las palabras más hermosas y rematando los párrafos más líricos. Habló de su familia y de las gloriosas tradiciones de la "merrie England". Habló de los viejos "esquires" y gentileshombres. De los días en que no había huelgas ni "lock-outs", ni fuego malsano en las miradas, ni plebeyez en los sentimientos. Y habló tan sugestivamente, con una voz tan tierna y delicada, que el Parlamento, en pie, coronó de "hurrahs" su testa humilde de franciscano. Otra vez, en 1922, le embarcaron con rumbo a los Estados Unidos para arreglar lo de las deudas. Baldwin se vino a casa con los bolsillos exhaustos. Los yanquis habían engañado al viejo hidalgo y sometido el orgullo de los mercaderes de la City. El mismo Roosevelt lo recordaba hace poco y decía a un periodista inglés: "En aquella ocasión, Baldwin dió a su país la peor tajada". ¿Y lo de Ottawa? Aun le bullen de terror las carnes cuando los periódicos le recuerdan lo que allí se dejó de granjería, en lugar de traerse un nuevo Dorado, como hubiera hecho Drake.

Y es que Baldwin no sirve para esas cosas de cambalache. Incorpora la mejor mitad de su raza: peregrinos de Chaucer, imaginerías de los poetas isabelinos, jocundidad de Samuel Johnson, ternura y torpeza de Goldsmith, enjambres de vagabundos farfullando letanías incongruentes a la vida solitaria y libre. Todo esto esponja de ternura a los ingleses. Y si en homenaje a todo eso un hombre como Baldwin fracasa, la indignación da en seguida paso a la veneración. Baldwin tiene otro rasgo que entusiasma a sus compatriotas: las súbitas "honestas" indiscreciones y brusquedades de lenguaje. De estas últimas es fa-

Para todo dolor

ASPIRINA

el producto de confianza




mosa su invectiva contra "los Pares de la Prensa". "Un poder—dijo—sin responsabilidad, prerrogativa de las ramerías a través de las edades". Y se lo perdonaron tan pronto, que Baldwin llegó a ser y sigue siendo entre los periodistas el más popular de los políticos conservadores.

Yo debería llamarle Valdovinos. Valdovinos, como el caballero aquel a quien nuestro Don Quijote veneraba. En su traducción del libro de Cervantes, Watts

da a ese nombre la forma inglesa, que es Baldwin. Baldwin fué uno de los doce pares de Francia, a quien Carloto, el hijo de Carlomagno, hirió de muerte. El conde de Valdovinos, o de Baldwin, fué vengado por su tío, el marqués de Mantua. (¡Oh, noble marqués de Mantua! Mi tío y señor carnal). ¿Descenderá acaso de este Valdovinos de las leyendas carolingias el "honest", "simple" y "canny" Stanley que dirige ahora la vida política de la Gran Bretaña?

Nocturno de los tejedores

= De Caras y Caretas. Buenos Aires =

Se acabaron los días divinos
de la danza delante del mar
y pasaron las siestas del viento
con aroma de polen y sal
o las otras en trigos dormidas
en nidal de paloma torcaz.

Tan lejanos se encuentran los años
de los panes de harina candeal
disfrutados con todos los hombres,
que negamos su dulce verdad,
y decimos que siempre estuvieron
nuestras vidas lo mismo que están
y vendemos la blanca memoria
que dejamos tendida al umbral.

Han venido los días ceñidos
como el puño de Salmanazar.
Llueve tanta ceniza nutrida
que en cabellos y manos está.
Retiraron los mazos de lino
y se escarda, sin nunca acabar,
un esparto que no es de los valles
porque es hebra de hilado metal.

Nos callamos las horas y el día
sin querer la faena nombrar
cual se callan remeros muy pálidos
los tifones, y el boga el caimán
porque el nombre no nutra al destino
y sin nombre se puede matar.

Pero cuando la frente enderézase
de la prueba de fatalidad,
al mirarnos, los ojos se truecan

la palabra en el iris leal,
y bajamos los ojos de nuevo
como el jarro descendiendo al brocal
mas amargos de haber aprendido
con el nombre la cifra letal.

Los precitos contemplan la llama
que hace dalias y fucsias girar;
los forzados, como una cometa,
bajan y alzan su viejo cantar.
Mas nosotros tan sólo tenemos,
para juego de nuestro mirar,
grecas lentas que dan nuestras manos,
golondrinas, al muro de cal,
remos negros que siempre jadean
y que nunca rematan el mar.

Prodigiosas las dulces espaldas
que se olvidan del se enderezar,
que obedientas cargaron los linos
y obedientes la leña mortal,
porque nunca han sabido de dónde
fueron hechas y a qué volverán.

Pobre cuerpo que todo ha aprendido
de sus padres José e Isaac,
y fantásticas manos leales
las que tejen sin ver ni contar
ni medir paño y paño cumplido,
preguntando si basta o si es más.

Levantando la blanca cabeza
ensayamos tal vez preguntar
de qué ofensa callada ofendimos
a un demiurgo que se ha de aplacar,
como leños de hoguera que odiasen
el arder sin saberse apagar.

Humildad de tejer esta túnica
de un dios negro sin nombre y sin faz,
y paciencia que espera el que un día
los demás se vendrán a sentar
recibiendo el telar que es de piedra
y la casa que es de eternidad.

Gabriela Mistral

Clemencia Chacón de Mora

OBSTETRICA Y ENFERMERA

Recomendada por competentes y distinguidos facultativos. Ofrece sus servicios profesionales. 75 varas al Sur del «Instituto Bíblico».

Mientras un pueblo no conviva con sus artistas no sabrá distinguir nunca su propio acento

= De *El Mercurio*. Santiago de Chile, martes 22 de mayo de 1934. Envío de A. L. H. =

En el Concurso Literario abierto por la Municipalidad de Santiago, a iniciativa del vocal don José A. Echeverría, para premiar a los autores nacionales de las mejores obras literarias en los géneros de novela, poesía y teatro publicadas el año 1933, obtuvieron, como se sabe, recompensas, don Edgardo Garrido Merino, por su novela "El Hombre de la Montaña", y don Jorge González Bastías, autor del libro de versos "Vera Rústica". El tema de teatro, como se recordará, fué declarado desierto.

La entrega de las recompensas fijadas por la Municipalidad de Santiago tuvo lugar en la mañana de ayer, como uno de los actos conmemorativos del combate naval de Iquique, y dió lugar a una sencilla cuanto significativa ceremonia que se desarrolló en la sala de despacho del Alcalde señor Labarca.

Poco después de las 12.30, se reunieron allí el Alcalde don Guillermo Labarca, los vocales de la Junta de Vecinos señores Arturo Besoain, José A. Echeverría, Gabriel Amunátegui, Osvaldo García Burr, Pedro Préndez Saldías, Germán Domínguez, los miembros del jurado que había designado la Municipalidad, señores Ricardo Montaner Bello, Armando Donoso y Ernesto Montenegro, el secretario de la Alcaldía don Roberto Meza Fuentes, representantes de la prensa, etc. También se encontraba allí uno de los autores premiados, el señor Garrido Merino. No concurrió el señor González Bastías por encontrarse ausente de Santiago.

En el momento oportuno, el Alcalde señor Labarca, en una brillante improvisación procedió a hacer entrega de los premios, contestando el señor Garrido Merino. Ambos discursos, que fueron muy aplaudidos, los damos más adelante.

Finalmente, los asistentes fueron invitados a un aperitivo. En esta oportunidad se brindó por los miembros del jurado y por el vocal don José A. Echeverría, autor de la moción por la cual se instituyó el concurso literario municipal.

Damos a continuación el discurso del Alcalde señor Labarca y el del señor Edgardo Garrido Merino:

Discurso del Alcalde Sr. Labarca:

Amigos:

Como ustedes ven, con suma modestia inicia hoy la Municipalidad de Santiago una tradición que entrega confiadamente a los manes del porvenir.

Atenta a las actividades generales de la ciudad, ha creído percibir una delicada nota que completa el acorde del cotidiano ajeteo y que reclama también su amparo: es la nota del arte tan poco apreciada en esta tierra que aun no se

conoce a sí misma, porque no basta compulsar los folios de la historia para desentrañar los destinos de un pueblo; es preciso que a su vera la antena del arte haya podido captar las vibraciones de alma colectiva, sus modalidades peculiares, la infinita variedad de los sentimientos expresados en la escala que asciende desde la décima popular y el cuento malicioso hasta la llama estremecida de la lírica y la arquitectura poliforme de la novela. Mientras un pueblo no conviva con sus artistas no sabrá distinguir nunca su propio acento, ese que lo va a individualizar en el concierto del mundo y a justificar la razón de su existencia.

Por eso, al estatuir estos premios de tan escaso valor material, la Municipalidad no pretende tanto galardonar a los autores como atraer la comprensión y el amor de las gentes sobre todos esos hombres añanosos por cuya voz habla la raza y de quienes aparecen en esta ocasión como preclaros exponentes, los dos premiados: Edgardo Garrido Merino y Jorge González Bastías.

Pláceme que el lauro de hoy venga a ceñir la frente de dos artistas de indiscutido valer. Inquieto y trashumante, representa el primero el tipo del chileno a quien el destino empuja a rodar tierras: el segundo al apacible y obstinado amorador de su heredad. El uno se busca a sí mismo entre las breñas ásperas y la soledad clara de las montañas pirenaicas que acaso disimulen la nostalgia de los Andes lejanos; el otro canta a la vera del río las penas de los humildes y la avaricia de sus tierras pobres.

Ambos han exprimido en la copa de sus libros sangre de su corazón, y por la honradez de su arte y por la sinceridad de sus palabras y por su inconfundible acento de belleza, los dos fueron seleccionados por tres jueces de tan austera conciencia y de tan refinada cultura como don Ricardo Montaner Bello, Ernesto Montenegro y Armando Donoso.

Para mí, compañero rezagado en la fragosa ruta, es particularmente grato poder manifestar en nombre de la corporación edilicia su gratitud a los jurados, y a los selectos la esperanza de que su mejor obra la guarde todavía el porvenir.

Discurso del Sr. Garrido Merino:

Señor Alcalde, señoras y señores:

Volver a la patria, reintegrarse al suelo natal, es oír de nuevo los acentos familiares y comulgar con emociones que creíamos dormidas en nuestro corazón. Diríase que deshacemos, por obra de magia, el camino andado y volvemos de pronto a las verdes veredas de otros tiempos.

Pero si este retorno, que pensábamos envolver en silencio, se llena de armonías cordiales, si las sonrisas compensan nuestros pasados desvelos y la mano amiga se tiende noble y acogedora, si vemos, como el hijo pródigo, fuego de retamas en el far del sacrificio, una alegría sincera enfervoriza la sangre y hace palpitante el pecho con júbilo de campana en fiesta.

A los breves días de mi llegada—hace un mes, justamente—fuí honrado con la entrega de la medalla de oro que constituye el Premio Roma, donado por la vieja ciudad imperial. Hoy, 21 de mayo—exaltación del heroísmo chileno en el mar—recibo de vuestras manos, señor Alcalde, el premio creado por la Ilustre Municipalidad para estímulo de novelistas nacionales. Ayer, Roma; hoy, Santiago. Natural asociación de ideas, me hace evocar estos dos nombres, que para todo artista y creyente simbolizan caminos de fe.

Este Cabildo, de vuestra digna presidencia, ha comprendido que la belleza no es tan sólo piedra y mármol, sino idea y verso, y por ello, a la usanza de los antiguos Consistorios, tiende a proteger el libro, por ser fuente de cultura y de armonía cívica. Urbanizar espíritus, es tan provechoso como urbanizar villas, que las luces de la poesía y la buena canalización de los sentimientos es magna obra edilicia ya que así se cumple con la total acepción de la palabra urbe.

Yo acepto este premio con honda satisfacción. Mi obra literaria, desparmada en países lejanos por razón del destino, ha tenido su culminación en una novela montañesa. Las montañas poseen las resonancias del eco, y mi voz lanzada allá en el Pirineo ha rebotado en los Andes, que circundan esta querida capital, tantas veces añorada en horas de meditación.

Celebro que un poeta, claro y diáfano como González Bastías, sea premiado en este torneo. Sus versos son transparentes cual los esteros: vena de agua que se finge espejo para copiar el escenario sureño de sus poemas.

He vuelto a mi patria para igual designio. A cantar, con mi acento más sincero, paisajes y hombres de la tierra nativa.

Emerson exigía que el artista, al modo de las abejas, pusiese la vida en una sola picadura. Es decir, apurar, intensificar el espíritu, a ser posible, en una obra única. Bien está ese ardimiento, ese inflamarse de toda la cera, mas yo creo en cuanto al novelista, que, como el árbol, debe dar cada año flor y fruto. Y tener su otoño, para que las propias hojas caigan en mantillo de renovada fecundación. Poner la savia por entero, pero dejar el leño vivo, ya que el arte novelístico es obra escrupulosa del tiempo; y es la distancia, a través de años y lecturas, la que presta una mejor sombra.

Gracias, señor Alcalde; gracias, señores regidores y miembros del jurado. Me honro con recibir el premio Municipi-

pal, concedido este año por primera vez, y me congratulo que sea en aniversario, como el de hoy, llamado a celebrar tan memorable heroicidad. Quizá, el señor Alcalde, que ha dejado por ahora su brillante pluma de escritor para sustentar la vara, atributo de ciudadanía, considere que las heroicidades no andan nunca muy distantes de quienes luchan por el

pan de cada día, ungiéndolo con la miel aceda del arte.

Es indudable que palpitan hoy en este ambiente dos ideas que se unen en un solo sentimiento de patria y de belleza: el heroísmo y la literatura. Y lo subrayan, dentro del pecho, salvadas de pólvora y músicas marciales, que ensanchan nuestro civismo y hacen de la propia vida una canción heroica.

Imagen de América

— Discurso de Alfonso Reyes, dicho el 13 de abril de 1934, en la sesión con que los Rotarios de Río de Janeiro celebraron el Día Panamericano. Envío del autor. —

La imaginación, la loca de la casa, vale tanto como la historia para la interpretación de los hechos humanos. Todo está en saberla interrogar y en tratarla con delicadeza. El mito es un testimonio fehaciente sobre alguna operación divina. La *Odisea* puede servir de carta náutica al que, entendiéndola, frecuenta los pasos del Mediterráneo. Dante, enamorado de las estrellas,—

...Le divine fiamelle danno per gli occhi una dolcezza al core che intender non la può chi non la prova—acaba por adelantarse al descubrimiento de la Cruz del Sur. Y asimismo, entre la más antigua literatura, los relatos novelescos de los egipcios (y quién sabe si también entre las memorias de la desaparecida y misteriosa era de Aknatón), encontramos ya que la fantasía se imanta hacia el Occidente, presintiendo la existencia de una tierra ignota americana. A través de los griegos, Europa hereda esta inclinación de la mente, y ya en el Renacimiento podemos decir que América, antes de ser encontrada por los navegantes, ha sido inventada por los humanistas y los poetas.—La imaginación, la loca de la casa, había andado haciendo de las suyas.

Préstenos la imaginación su caballo con alas, y recorramos la historia del mundo en tres minutos. La masa solar, plástica y blanda,—más aún: vaporosa—solicitada un día por la vecindad de algún otro cuerpo celeste que la atrae, levanta una inmensa cresta de marea. Aquella cresta se rompe en los espacios. Los fragmentos son los planetas, y nuestra Tierra es uno de ellos. Desde ese remoto día, los planetas giran en torno a su primitivo centro como verdaderas ánimas en pena. Porque aquel arranque con que ha comenzado su aventura es el pecado original de los planetas, y si ellos pudieran se refundirían otra vez en la unidad solar de que sólo son como destrozos.

La Tierra, entregada pues a sí misma, va equilibrando como puede sus partes de mar y suelo firme. Pero aquella corteza de suelo firme se desgarrará un día por las líneas de menor resistencia, ante las contracciones y encogimientos de su propia condensación. Y aquí — nueva ruptura y destroz, segundo pecado original—comienzan a alejarse unos de otros los continentes flotantes, según cierta fatalidad geométrica. Uno de los resul-

tados de este destroz es nuestra América.

Imaginemos todavía. Soñemos, para mejor entender la realidad. Soñemos que un día nuestra América constituyó, a su vez, una grande comunidad humana, cuyas vinculaciones salvaran mágicamente la inmensidad de los territorios, las murallas de montañas, la cerrazón de los bosques impracticables. A la hora en que los primeros europeos se asoman a nuestro Continente, esta unidad se ha roto ya. Quetzalcoatl, el civilizador de México, ha huído hacia el Sur, precisamente empujado por las tribus sanguinarias que venían del Norte, y ha dejado allá por Guatemala la impronta de sus plantas, haciéndose llamar Cuculcán. Semejante fenómeno de disgregación se ha repetido en todos los focos del Nuevo Mundo. Acaso hay ya pueblos des-civilizados, recaídos en la barbarie a consecuencia de la incomunicación, del destroz o tercer pecado original. Los grandes imperios americanos no son ya centros de cohesión, sino residencias de un poder militar que sólo mantiene la unión por la fuerza.

Todavía la historia hace un nuevo intento de re-unificación, atando, ya que no a una sola, a dos fuertes razas europeas toda esta pedacería de naciones americanas. Sajones e iberos se dividen el Continente. Pero como todo aspira a bastarse a sí mismo, las dos grandes familias americanas que de aquí resultan se emancipan un día. El proceso de fecundación europea sólo ha servido, como un recurso lateral, para nutrir las artificialmente, para devolverles la conciencia de su ser continental, para restaurar entre ellas otra vez el sueño de una organización coherente y armónica.

Y en efecto, cuando los padres de las

independencias americanas se alzan contra las metrópolis europeas, bien puede decirse que se sienten animados de un espíritu continental. En sus proclamas de guerra, se dirigen siempre a "los americanos", de un modo general y sin distinción de pueblos, y cada uno de ellos imagina que lucha por todo el Continente. Naturalmente, este fenómeno sólo es apreciable en los países hispano-americanos, únicos para los cuales tiene sentido. Luminosa imagen del planeta que ronda en torno a su sol, Bolívar sueña entonces en la aparición de la Grande América. Pero el tiempo no está maduro y la independencia procede por vías de fraccionamientos nacionales.

En las distintas etapas recorridas, asistimos, pues, a un juego cósmico de rompecabezas. Los tijeretazos de algún demiurgo caprichoso han venido tajando en fragmentos la primitiva unidad, y uno de los fragmentos en partes, y uno de las partes en pedazos, y uno de los pedazos en trozos. Y la imaginación—cuyo consejo hemos convenido en seguir para ver a dónde nos lleva—nos está diciendo en voz baja que, aunque esa unidad primitiva nunca haya existido, el hombre ha soñado siempre con ella, y la ha situado unas veces como fuerza impulsora y otras como fuerza tractora de la historia: si como fuerza impulsora, en el pasado, y entonces se llama la Edad de Oro; si como fuerza tractora, en el porvenir, y entonces se llama la Tierra Prometida. De tiempo en tiempo, los filósofos se divierten en esbozar los contornos de la apetecida ciudad perfecta, y estos esbozos se llaman Utopías, de que los Códigos Constitucionales (si me permitís una observación de actualidad) no son más que la última manifestación.

Así, pues—y aquí volvemos a la realidad profunda de los mitos con que he comenzado estas palabras—hay que concebir la esperanza humana en figura de la antigua fábula de Oriris: nuestra esperanza está destrozada y anda poco a poco juntando sus *disjecti membra* para reconstruirse algún día. Soñamos, como si nos acordáramos de ella (Edad de Oro a la vez que Tierra Prometida) en una América coherente, armoniosa, donde cada uno de los fragmentos, triángulos y trapecios encaje, sin frotamiento ni violencia, en el hueco de los demás.—Como en el juego de dados de los niños, cuando cada dado esté en su sitio tendremos la verdadera imagen de América.

Pero—Platón nos asista!—existe en algún repliegue de la realidad esta verdadera imagen de América? Oh, sí: existe en nuestros corazones, y para ella estamos viviéndolo!—Y he aquí cómo llegamos a la idea de América, idea que tiene de paradójico el que casi se la puede ver con los ojos, como aquella *Ufflanze* o planta de las plantas (verdadero paradigma del reino vegetal) en la célebre conversación de Goethe y Schiller.

Alfonso Reyes

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

ABOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa

TELEFONOS:

OFICINA No. 3726 - HABITACIÓN No. 3133

Alfredo Arvelo Larriva

Por JOSE RAFAEL POCATERRA

= Colaboración. Montreal, Canadá, mayo 23 de 1934 =

Montreal, 31 de Mayo de 1934.

Mi querido García Monge:

...El gran poeta venezolano, Alfredo Arvelo Larriva, murió en Barcelona. Van esas líneas que le consagro—ya que las justicias póstumas o son el silencio cobarde o la negación vil cuando uno de los nuestros cae. Va también ese retrato y algunos versos por si «Repertorio» les da acogida.

Desde 1913 Arvelo Larriva fué, virtualmente, un enemigo del régimen éste que ni menciono. Creía él posible facilitar la caída del déspota, interesando en ella a los propios sostenedores. Este concepto suyo—en el cual se inspiraba de buena fe—nos tuvo alejados. Ha muerto en destierro. Estaba, pues, equivocado.

Le hago esta clase de justicia porque nadie se la hará; y él la merece: la merece porque sufrió y luchó y se agitó, a veces incansable, cuando otros estaban o agazapados—«arrasados...» como decimos los venezolanos expresando ese «ras» de seguridad, o «rasero» a salvo con que se amparan, a veces hasta viejos, mis compatriotas, sacando de pronto, cuando creen el mango ya maduro, una cabeza melnuda y rebelde cundida de piojos ideológicos.

José Rafael Pocaterra

Dos veces lo encontré en mi vida. 1907. Venía yo en un lote de presos «políticos» que trasladaban del Castillo de Puerto Cabello a la Fortaleza de San Carlos: «el joven de perfil satánico y espejuelos que se asoma a mirarnos pasar»... anoté en algún libro mío.

Tras las formalidades del desvalijo que allí le llaman «requisita», seguimos a nuestro destino. El foso 12. Calor, hierro, moscas. Piedra y sol.

Años; penal; ¿acontecimientos históricos? No: una traición sucia y fea de un bandolero para quedarse; tras los nueve años de Cipriano Castro el «gangster» que lleva ya veintiséis.

En 1922, mañana del 31 de diciembre. De la Rotunda de Caracas salía yo entre otro lote de presos «políticos» liberados por una incongruencia del régimen. Alguien gritó mi nombre entre la zalagarda de la poblada que a las puertas de la cárcel saludaba nuestra libertad... porque ya estábamos libertados. Volvíme a mirar. Habían pasado quince años. Le reconocí al instante: San Carlos, el patio salitroso, la teoría de prisioneros en marcha al ras de la muralla blanca contra el añil del cielo y el ocre del terrón. Arvelo Larriva, libertado también poco antes del Castillo de Puerto Cabello:

—¿Qué tal?

—Bien ¿y tú?

Los ojos, de un verde-báltico se ennegrecieron de odio profundo; la boca se le estiró de cólera:

—Bueno; ¡estamos vivos!

La sobriedad de expresión que solemos tener algunos después que hemos visto «vivir» a tantos. Y morir.

Y en los cuatro o cinco azarosos meses que pasé en Caracas, juntos intenta-

LA Agencia General de Publicidad de Eugenio Díaz Barneond, en San Salvador, puede darle una suscripción al *Repertorio*.



Alfredo Arvelo Larriva

A Lisandro Alvarado

I

Maestro! No lo digo por discípulo vuestro. El serlo es clara honra, que ojalá fuera mía. Lo digo en testimonio de homenaje al maestro, sabio no sólo en ciencia sino en sabiduría.

En latín lapidario lapidáis, justo y diestro malignas torceduras, doctor de la ironía; gozáis en griego antiguo el pindárico estro; con Zaida, moza árabe, parláis en arabia.

¿Más lenguas? Por la gracia de las contradicciones,

todas las del Espíritu son entre vuestros dones;

y sonreís, escéptico, de los dones divinos!

Naturalista uno con la Naturaleza, amáis como filósofo su verdad, su belleza. Y os vais, cual Paracelso, a pie por los caminos.

II

Fauna y flora de América, para vos familiares, os tornan familiares las de la patria historia: por dondequiera zorros, zamuros y jaguares, los espinos rastrosos y la fruta ilusoria.

Vuestros años remózanse al Cantar de Cantares que evoca al rey magnífico de placer y de gloria.

Gustáis, copas diversas, dos vinos similares... (¡Salud, oh fiel Dionisos y Venus transitoria!)

Vanos, rencos rencos, grey de plumas y lápices,

a vuestra paz irónica no le roen ni ápices: que en tal escudo firme se quiebra el dardo inmundo.

Por esa paz irónica, tan jovial y tan recia, bien sois un anacrónico filósofo de Grecia perdido en estas bárbaras tierras del Nuevo Mundo.

Alfredo Arvelo Larriva

Caracas, marzo, 1922.

mos aquel movimiento («La Lectura Semanal», reorganizar un grupo, constituir un centro, unificar, soldar). Recomenzar. Al tener ya el camino trazado el amigo íntimo que «sabe», y llega en la noche:—Vete! ahora mismo; como puedas... Vas otra vez para la cárcel!

La fuga; el barco; el norte remoto; los inviernos inacabables; adversos el clima, los hombres, la suerte ¡todo! Elogios y denuestos; picardías de propios y de extraños: despojos ignobles; aprovechamientos tristes merced a la lejanía; negaciones que son el bochorno máximo de los «intelectuales» de esta época; y con la mano tendida y leal y los tobillos macerados por el hierro de Castro y por el hierro de Gómez, sentirse lamido o mordido. Corpúsculos que reptan por nuestros calcañares desde los urinarios de la literatura y de la política.

Un día, de México, a los cuatro años una carta me llega, dos, tres. Luego otras, de París. No nos encontramos en Europa el año 29 (Arvelo Larriva y yo; había salido en una misión para Colombia horas antes.

Bien. Después: el vencimiento; el fracaso; las fanfarrias de la derrota soplada por el enemigo. Pero por todos los trombones de la inconsecuencia y de la indecencia también: un negrito viejo cierra el desfile con su tambora. Y la «claque» de los enanos cobardes, trepados a las palizadas más altas de la oportunidad lanzando silbidos, pelotas de barro ennegrecidas con el cosmético de sus melenas desteñidas y de sus bigotes de hollín, entre un reguero de salivas patrióticas.

Cinco años más. El número estrujado de un diario caraqueño: «Ha muerto en Barcelona de España el poeta Alfredo Arvelo Larriva». Menos mal; lo dice.

Es todo. Ha muerto como ya otros a quienes — acaso sin saberlo—no se les pueda rendir un mejor tributo que ese mismo silencio en el cual se envuelven para morir como en la toga antigua. Un día irán los descastados, los desleales y los farsantes a llamarlos clamando, para vestirse ellos de justicieros con el narapo de sus danzas de títeres. Y puede que en cajones floridos regrese a la patria un poco de polvo.

Pero la antorcha es la llama y es su luz: no el trozo carbonizado de la resina que estuvo ardiendo en claridad y en perfume y la apagaron a salivazos cuatro miserables.

Compañero: no volveremos ya a encontrarnos en los patios de las cárceles ni en las puertas de las rotundas ni en los caminos torvos del destierro.

Yo no creo en otros encuentros. Tú tampoco creías. Así, adiós.

EN BUENOS AIRES, Rep. Argentina, pue-
de Ud. solicitar el
Repertorio Americano, al editor Manuel Gleizer,
Santa Fe 1983).

La virtud suprema de la Revolución Francesa fué el entusiasmo. Aquel fervor, aquel empuje que anima todos los actos puros o impuros de la Revolución, emana del entusiasmo. Pero el entusiasmo a su vez emana de la fe. Protagonista y pueblo sienten la fe en su obra. Su obra "es". Es porque de la realidad que los revolucionarios hallan en su torno a la realidad que llevan en potencia en sus almas preñadas de porvenir, hay un desnivel suficiente para impulsarlos a la acción. Creen porque ven. Crean porque creen. En ellos la fe engendra el hecho.

Pero este hecho, ¿qué es? No se espere de mí un cuadro de conjunto de la Revolución Francesa. Demasiado incompetente para hacerlo, no soy bastante incompetente para intentarlo. Pero hay una idea sencilla y general que desearía se aceptase como base de nuestros razonamientos sobre este hermoso tema: la Revolución Francesa hizo homogéneo el medio político de Francia hasta entonces inextricablemente heteróclito. Aquí reside, en mi opinión, la verdadera importancia de la Declaración de los Derechos del Hombre. Nuestra edad sin entusiasmo ha vertido sobre aquella página inmortal toda la hiel de la impotencia. Pero hace falta que nuestros oídos hayan llegado a la sordera triste e incurable de la vejez para que hayamos olvidado el tono de aquel famoso: "parce que vous vous êtes donné la peine de naître..." que por boca de Figaro lanza Beaumarchais; hace falta que nuestra memoria histórica haya decaído mucho, para que olvidemos el laberinto de privilegios, de jurisdicciones, de injusticias e indignidades que, al lado de tantos encantos y de tantas gracias, constituía el Antiguo Régimen. A todo esto, tabla rasa. Y la Declaración de los Derechos del Hombre, carta y teoría, a la que pone la Revolución Francesa su comentario práctico, instaura un régimen en el que todos los hombres son iguales ante la ley.

Releamos aquella página. Sin duda alguna hay para dejar y tomar. Pero en su conjunto la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano es, en política, lo que el Discurso del Método en filosofía: una magistral eliminación de escombros. El terreno queda limpio: ya no hay más que construir.

Ahora bien, este entusiasmo que surge tan puro del alma de un pueblo en ebullición ha fluido ya a través de un siglo entero de historia, de modo que llega a nosotros turbio y fangoso. Los infortunios humanos que los soñadores del siglo XVIII atribuían a reyes y sacerdotes, han sobrevivido a sacerdotes y reyes. La sabiduría ha atemperado el en-

Libertad y autoridad

Por SALVADOR DE MADARIAGA

= De La Nación. Buenos Aires, Rep. Arg. Envío de P. H. U. =



Salvador de Madariaga

Dibujo de Juan Carlos Huergo.

tusiasmo, y la experiencia, con sus amarguras, ha hecho fermentar la sabiduría. Somos escépticos.

Si recorremos rápidamente el siglo XIX, que lejos de ser un siglo estúpido, quedará como una de las épocas más fecundas de la humanidad, si no de las más felices, lo hallaremos cruzado por varias corrientes de experiencia que contribuyen a la decadencia lenta de la fe revolucionaria.

En primer lugar una corriente estrictamente política. La democracia reposa en último término sobre una confusión entre las ideas de fin y de camino, de objetivo y de método. Soñamos en una república ideal, en la que cada ciudadano, representando con inteligencia y abnegación su papel de parte alícuota de rey, estudia todos los problemas y se pronuncia sobre ellos con pleno conocimiento de causa y con los ojos fijos en el interés público. Y esto hecho, aplicamos las consecuencias constitucionales y políticas de nuestro ensueño a las tristes realidades inmediatas que nos rodean. El sueño, así, se anega en lo humano, demasiado humano. El ciudadano no tiene la más de las veces ni la inteligencia, ni la información necesarias para darse cuenta, ni aun aproximada, de los problemas de la vida colectiva y se pronuncia sobre ellos con los ojos fijos en sus intereses materiales, sus prejuicios o su amante. Así se produce inevitablemente una selección a la inversa de las clases directoras del gobierno. Si

la mayoría de los ciudadanos en virtud de la ley de probabilidades, se compone de hombres mediocres con vistas egoístas o miopes, los candidatos tendrán que rebajarse para recoger sus sufragios hasta niveles que repugnan a los espíritus altivos. Las democracias tenderán irremisiblemente hacia prácticas demagógicas y los elegidos por el pueblo serán incapaces de guiar a la masa hacia tiempos mejores. El camino se alejará del fin por haber querido parecerse demasiado y demasiado pronto. Este contraste entre la democracia-norma y la democracia-hecho, desanima al demócrata. De aquí tres actitudes posibles: se conserva el ideal y se intenta hacer menos imperfecto el método; se abandona el ideal y el método; se sacrifica el método, a fin de alcanzar mejor y más pronto el ideal.

A un escepticismo análogo tiende la influencia creciente de la técnica. El estado moderno semeja cada vez más a una máquina complicada. Hay que saber manejarla. El enemigo de la democracia no es ya el tirano, sino el técnico, porque el proceso entre la eficacia y la democracia no se ventila ante el jurado cambiante e impresionable de la opinión, sino ante el tribunal imparcial e imparable de la necesidad. Es menester que el Estado funcio-

ne, y ante ese "menester" los principios retroceden impotentes. No hay mejor prueba que la importancia creciente, inevitablemente creciente, que van adquiriendo en nuestras democracias los jefes de servicio de los departamentos de Estado. Frente a la soberanía de los parlamentos y frente al poder político de los ministros, se alza esta potencia puramente objetiva y, por lo tanto, dotada de una soberanía intrínseca a la que ni parlamentos ni ministros pueden alcanzar. Los directores y los jefes de negociado son los verdaderos reyes absolutos de las repúblicas.

De todos los aspectos que reviste esta tragedia contemporánea, en la que se enfrenta la libertad de los pueblos con el inexorable destino que llamamos eficacia, quizá sea el más dramático el que coloca frente a frente a la economía y a la política. Esta batalla de la política y de la economía ha perjudicado a la democracia de las dos maneras que hasta ahora he intentado describir. Porque la economía empezó por falsear a la democracia sometiendo las instituciones políticas a la influencia solapada, pero omnipotente, de las entidades económicas. Fueron primero los grandes directores, los "empresarios", como los llamaba la economía política del siglo XIX, los capitanes de industrias que se alzaban mucho más poderosos que los reyes de antaño, mucho más temidos que los hombres de Estado y después, las grandes empresas capitalistas y luego los grandes sindicatos obreros y, finalmen-

te combinaciones malsanas de capitalistas y obreros organizados y aliados contra el Estado. A medida que la economía iba invadiendo zonas cada vez más vastas de la vida colectiva, se iba dibujando también la otra forma de ataque contra la fe democrática, el combate franco y abierto de la técnica económica contra la afición política, combate que amenaza dar el golpe de gracia a las democracias incapaces de adaptarse a la era de las invenciones.

Así debilitada, la fe democrática iba a recibir un terrible golpe precisamente del lado que podía considerar como más seguro, del lado izquierdo. Las doctrinas socialistas, sobre todo las nacidas en suelo francés, no le eran necesariamente hostiles, pero una de ellas está destinada a enajenarle masas cada vez más numerosas de trabajadores. Al establecer la fe socialista sobre la teoría materialista de la historia y sobre una creencia en la ineluctabilidad científica de la evolución hacia el colectivismo integral, Carlos Marx predicaba un evangelio y fundaba una iglesia cuyas relaciones con la Revolución y con sus principios liberales y democráticos son parecidos a los de la herejía con la ortodoxia. Fácil es hacer la crítica de una libertad que va a dar a la esclavitud de los trabajadores por el salario, y la de una democracia que entrega el Estado a las fuerzas ocultas del capitalismo. Frente a esta Reforma, el estado liberal no supo reaccionar con una Contra-Reforma, esforzándose en aplicar con toda sinceridad la Declaración de los Derechos del Hombre por medio de leyes y costumbres realmente eficaces. El siglo XIX vió el templo de la libertad invadido por los mercaderes, y las palabras más puras y más sagradas prostituidas por los traficantes de votos. Así se iba desintegrando la fe democrática precisamente en aquellos que le debían su primera emancipación: los obreros y los campesinos de Europa occidental, de modo que por una evolución sutil, pero segura, la Revolución Francesa tomaba gradualmente ante las masas cariz político más que social, burgués más que popular. La evolución europea toma entonces el aspecto de una caída del poder real en cascada de la aristocracia a la burguesía, en la Revolución Francesa; de la burguesía al pueblo, en la revolución del porvenir. Surge así un nuevo ensueño que alimenta una fe nueva.

Esta evolución de las creencias políticas que vacía gradualmente de su substancia las ideas de libertad y de democracia, prepara el formidable ataque de izquierdas que surge en 1917 a las órdenes de Lenin. El papel esencial que Lenin representa en la historia contemporánea—dejo por ahora de lado su papel en la historia de Rusia—consiste en haber conferido a la dictadura una dignidad de izquierdas. Hasta él, "el dictador", "el tirano", "el enemigo del pueblo", son sinónimos. Lenin es el amigo del pueblo, dictador. La "dictadura del proletariado" es una frase que se justifi-

"MOTIVOS LITERARIOS"

LA ÚLTIMA OBRA DE

ROGELIO SOTELA

Editada por la Imprenta Gutenberg,
SE VENDE EN LAS LIBRERIAS

ca en tanto cuanto el régimen soviético se propone sinceramente el bienestar del pueblo. Pero no deja de ser por eso una frase equívoca y de mal gusto. No hay dictadura que no sea de un hombre, o todo lo más de un reducido número de hombres; y en cuanto a la Rusia de los Soviets, nadie ha vacilado jamás en señalar con el dedo al zar rojo que ocupa el trono, ni a su predecesor, ni aun a su heredero presunto. Sea de ello lo que quiera, hemos aquí ante la libertad y la democracia asesinadas por la izquierda. Y el teórico del régimen soviético nos pregunta: "¿Libertad! ¿Para qué?"

Ahora bien; todos los dictadores si excepción que Europa ha conocido desde 1917 han enarbolado bandera socialista. Todos proceden o dicen proceder del socialismo; todos han atacado a la libertad y a la democracia por el lado izquierdo; todos, pues, han aprendido la lección de Lenin. Y nuestro deber, el deber de los hombres que seguimos siendo liberales y aun demócratas, está en sacar provecho también de este fenómeno notable, diciéndonos que si ha sido posible en un número impresionante de casos dar en tierra con la libertad y la democracia, atacándola por la izquierda, es sin duda alguna porque la democracia y la libertad prestaban el flanco—precisamente el flanco izquierdo—a estos ataques mortales.

Porque estos ataques, con presentarse en cada país bajo matices diversos y justificarse históricamente por circunstancias varias, revelan en el fondo una fatiga de la idea democrática y liberal común a todos los países, aun a aquellos en los que no ha producido fenómenos autoritarios.

Es evidente que la desilusión democrática y liberal aflige por igual a los pueblos—a quienes interesa más especialmente la democracia—, y a las minorías selectas, a quienes interesa más especialmente el liberalismo. Es, pues, natural sospechar que esta desilusión obedece a causas complejas. En cuanto a mí, no vacilo en estimar como la causa más profunda de este malestar la impresión creciente de impotencia que producen los gobiernos democráticos cuando se encuentran, como sucede actualmente, frente a fenómenos económicos más fuertes que ellos. Esta impresión aflige a la minoría selecta como al pueblo, ya que uno y otra sufren de la presión económica general, pero además, la minoría se rebela viendo elevarse en su torno la marea del desorden colectivo—no precisamente la turbulencia de la calle, sino el desorden de funciones, atribuciones, derechos y deberes cuyo conjunto bien ordenado constituye el estado noble. El malestar no es sólo económico; es también espiritual. El cuerpo del ciudadano pide pan, pero su espíritu pide orden en las ideas y en los actos, es decir, un gobierno inteligente y fuerte.

Pero en este caso, ¿por qué no seguir a los países que han abandonado resueltamente los caminos abiertos por la Revolución francesa? La respuesta es clara: porque con unanimidad encantadora a la que no podemos asociarnos, estos países se han abalanzado contra el bien

EXHALY-LUZ Eminente creación científica

De acción Curativa en Grado Supremo

Enfermos de los ojos **EXHALY-LUZ**

Neblina. - Conjuntivitis. - Ulceraciones. - Queratitis. - Aparato lagrimal. - Granulaciones. - Inflamaciones. - Enfermedades internas y externas.

Cataratas -- Párpados -- Tracoma

GRANDES ELOGIOS DE EMINENCIAS MÉDICAS

Fórmula y Marea registradas según las Leyes, en el Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria y en la Dirección General de Sanidad.

EXHALY-LUZ

Específico UNICO EN TODO EL MUNDO, que cura radicalmente las enfermedades de los ojos, por graves y crónicas que sean, con rapidez asombrosa, evitando operaciones quirúrgicas que con tanto fundamento atemorizan a los enfermos. Desaparición de los dolores y molestias a su primera aplicación. Eminentemente eficaz en las oftalmías graves y por excelencia en las granulosas (granulaciones purulentas y blenorragias, queratitis, ulceraciones de la córnea, rijas, etc). Las oftalmías originarias de toda clase de enfermedades, curadas en breve tiempo. Maravilloso en las infecciones post-operatorias. Hace desaparecer las cataratas. Destruye microbios, cicatriza, desinfecta y CURA PARA SIEMPRE. No más remedios arsenicales, mercuriales, nitrato de plata, azul metileno y otros tan temibles. Las vistas débiles y cansadas requieren prodigiosa potencia; el 98 por 100 de los enfermos de los ojos curanse antes de concluir el primer frasquito del específico EXHALY-LUZ. Eclipse para siempre el tratamiento por los colirios conocidos hasta hoy, colirios, que en la mayor parte de los casos no hacen más que empeorar el mal, irritando órganos tan importantes como la mucosa conjuntival. El nitrato de plata, causa de verdadero terror en los enfermos y de muchas cegueras, lo hace desaparecer, EXHALY-LUZ es completamente inofensivo, cura el glaucoma y produce sus estupendos resultados sin causar la menor molestia a los enfermos. Detiene la miopía progresiva. ¡Enfermos de los ojos! Estad seguros que curaréis en brevísimo tiempo, usando el portentoso específico EXHALY-LUZ, único que os salvará de las tinieblas perpetuas.

Si se aplicare EXHALY-LUZ en todos los recién nacidos desaparecería la ceguera por CONJUNTIVITIS PURULENTE DE LOS RECIEN NACIDOS. Si vuestros hijos padecen tan terrible enfermedad, sometedlos al tratamiento EXHALY-LUZ, único que los curará radicalmente. PRECIO \$ 8.00 E. U. A.

¡Éxito infalible! Sin cocaína, atropina, ni ningunas otras substancias peligrosas como se puede comprobar sometiéndolo a un minucioso análisis cualitativo.

NO QUEMA NI IRRITA.

El legítimo EXHALY-LUZ con sello rojo, se importa *exclusivamente* desde Madrid, (España).

MARTINEZ Ap. Co. CENTRAL 935 - MADRID-ESPAÑA

Envío a todas las partes del mundo bajo paquete asegurado y franco de porte.

Precio y modo de pago: 40 pesetas por letra bancaria, bajo sobre certificado y lacrado, por avión. Toda carta de valores se lacrará y asegurará, recomendandola en Correos.

Solicítese al Apart. C.º Central 935. Madrid (España).

Extracto de testimonios Facultativos y de enfermos agradecidos al benefactor específico EXHALY-LUZ. Los enfermos de los ojos que tengan interés en conocer de un modo cierto las extraordinarias y sorprendentes CURACIONES obtenidas con el portentoso EXHALY-LUZ, soliciten opúsculo informativo en el que figuran para su satisfacción interesantes cartas, TESTIMONIOS FIDELÍSIMOS de honorabilísimas personas agradecidas a tan benefactor específico EXHALY-LUZ.

más inestimable de todos, más inestimable que el orden y hasta que el pan: la Libertad. Hay una trinidad política familiar al siglo XIX y es la que constituyen la libertad, la democracia y el sistema parlamentario. Pero es curioso que mientras la crítica autoritaria se ejerce especialmente sobre el sistema parlamentario y sobre la democracia, los golpes caen sobre la libertad; se condena a la democracia, se condena al sistema parlamentario; pero se ejecuta a la libertad. Y todo es lo que nos parece sospechoso, porque para nosotros no hay paridad posible entre estas ideas. El sistema parlamentario es un traje que llevo puesto; la democracia es una costumbre que he adquirido; la libertad es el aire que respiro.

Quizá haya sufrido por haber permanecido en exceso como idea abstracta, idea independiente y enemiga de la autoridad. Así, la libertad ha llegado a ser cosa helada, distante, irreal, y, sin embargo, exigente, rígida, de difícil adaptación a las cosas de la vida. Pero la libertad no puede considerarse en lo abstracto ni en lo absoluto, porque es esencialmente tendencia y no estado. Y como tal tendencia "tiende" en todo momento hacia su pleno desarrollo. Ahora bien, si se halla así en tensión permanente, será porque encuentra permanente resistencia, y así es en efecto. Esta resistencia, esta fuerza antagonista, este polo opuesto, existe. La naturaleza nos ofrece con frecuencia este modelo bipolar: la raza tiene dos sexos; la tierra, dos polos; dos signos la electricidad, y los cuerpos subsisten por el juego de dos fuerzas antagonistas de cohesión y de dispersión. No de otro modo el cuerpo social y político debe su existencia al equilibrio entre la tendencia del individuo a la libertad y la tendencia del Estado a la autoridad. Si este equilibrio es estable, se llama orden. Si es inestable lleva fatalmente a alternativas de anarquía y de dictadura.

Insistamos fuertemente sobre la índole instantánea y dinámica de las ideas de libertad y de autoridad. Nuestra filosofía política tiene que diferir de la que prevalecía en el siglo XIX, como la dinámica difiere de la geometría. Para nosotros, libertad y autoridad son tendencias siempre movilizadas y elásticas en un flujo y reflujo de constante adaptación a las circunstancias del momento y del ambiente histórico, político y racial.

Insistamos también en que estas dos tendencias son antagonistas, pero no son enemigas; al contrario, se establece entre ellas una colaboración por oposición análoga a la que se da entre la mezcla explosiva y el émbolo de una máquina de explosión: la una, motriz cuya potencia se agotaría en inútiles emanaciones de ruido y de calor, si el otro, resistente, no absorbiera su potencia transformándola en movimientos rítmicos y útiles.

Y sin embargo, estas comparaciones recuerdan en exceso a la mera mecáni-

"Los Trofeos" de Heredia

Traducidos por Arciniegas

La casa editora de Juan Lozano y Lozano, de Bogotá, ha empezado la impresión de «Los Trofeos» de José María de Heredia (118 sonetos) traducidos por nuestro colaborador señor Ismael Enrique Arciniegas.

ca, mientras que la vida colectiva, como se ha observado en todo tiempo, recuerda más bien a los fenómenos biológicos. La libertad y la autoridad son tendencias mucho más íntimamente asociadas que la potencia y la resistencia. En el fondo son dos formas diversas de un mismo espíritu, y el flujo y el reflujo entre la una y la otra, no es tanto lucha de fuerza rivales como fenómeno vital de adaptación al organismo sintético que los abarca y anima a ambos. De modo que, retocando la imagen que nos ha servido ha poco para el plan mecánico—orden, equilibrio—, diríamos ahora en la esfera de lo orgánico y de la vida, que el orden de las sociedades no es tanto la consecuencia de un equilibrio entre la tendencia individual a la libertad y la tendencia colectiva a la autoridad como una especie de salud del cuerpo político que determina el equilibrio de estas dos tendencias y lo hace posible. Causa y no efecto, el orden sería, pues, un don de la naturaleza a las sociedades sanas y se manifestaría en equilibrio armonioso de tendencias individuales y sociales. Pero esta concepción sintética y orgánica de la colectividad cuya salud predetermina el orden y el equilibrio, no puede justificar en modo alguno las teorías y menos las prácticas que hacen del Estado un fin supremo, ante el que han de inclinarse o quebrarse los individuos. Nuestra fe liberal subsiste, porque seguimos creyendo hoy más que nunca en el individuo. Este espíritu sintético, este orden, este equilibrio, ¿dónde viven sino en el individuo? Los seres humanos son las únicas entidades reales y tangibles, las únicas criaturas que existen de ver-

dad y en quienes todos los espíritus, todas las tendencias se manifiestan. Hombre la libertad, hombre la autoridad, hombre la anarquía, hombre la dictadura, hombre el orden y el equilibrio, hombre la salud del Estado colectivo. ¿Y la nación, dónde está la nación sino en el corazón de sus ciudadanos? Es decir, sentida separada y concretamente en el corazón de cada uno de los ciudadanos de carne y hueso que la componen.

No es sólo que el individuo es rey, es que el individuo es único y señor. Es que no hay más que individuos. A tal punto, que si descendemos de las alturas de la discusión teórica a la aplicación práctica de los principios adoptados cualesquiera que sean, no se trata en suma más que de relaciones de potencia entre el individuo-gobierno y el individuo-gobernado, de modo que los gobiernos autoritarios se distinguen de los liberales en que, en los primeros, el individuo-gobierno tiene más libertad, o que, en último término, "autoridad" quiere decir "libertad del individuo-gobierno".

A buen seguro que estos individuos lo serían mucho menos y vivirían una vida mucho más elemental y vegetativa, si no existieran instituciones que les permitiesen insertarse, por decirlo así, en un conjunto que constituye el tejido social. Pero la imagen orgánica necesaria para corregir los errores mecánicos del siglo XIX, es peligrosa en cuanto reduce al individuo al rango de célula del cuerpo social o nacional, que así resultaría ser el fin supremo y el individuo sólo el medio. No, mil veces no. El fin supremo es el individuo y las instituciones colectivas no pueden hacer mella sobre él más que en cuanto son indispensables a su enriquecimiento intelectual.

Así se ilumina con luz de evidencia este delicado problema con sólo establecer netamente que la finalidad reside en el individuo. Porque en este caso se trata de encontrar en el alma individual una jerarquía de tres planos de deberes y derechos. Primero, el plano en que el individuo sirve al Estado; más arriba, el plano en que el Estado sirve al individuo; más arriba todavía, el plano en que

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

el individuo sirve a los valores supremos de la verdad, la belleza y el bien.

La libertad es necesaria al funcionamiento óptimo de la sociedad en los tres planos de esta jerarquía. Porque, en efecto, en el plano inferior, la subordinación del individuo al Estado debe hacerse por el libre juego de las vocaciones y de las aptitudes y en el espíritu de cooperación que sólo el hombre libre—jamás el esclavo—puede aportar; en el plano medio, el Estado no puede servir al individuo más que si reconoce en él al hombre libre y si además, la libertad para criticar los actos del Estado permite el progreso de su eficacia; por último el alma individual no puede consagrarse, a la verdad, al bien y a la belleza más que en plena libertad.

Resulta de todo esto un criterio perfectamente claro, al menos en su principio, sobre la legitimidad de las limitaciones que cabe imponer a la libertad individual en nombre de las instituciones. Estas limitaciones han de ser precisamente funcionales, jamás esenciales. Porque desde el momento en que una institución, el Estado, por ejemplo, priva al individuo de sus libertades esenciales, usurpa una finalidad que nos negamos en redondo a reconocerle. En suma, aquel equilibrio individual que nos parecía ser la salud del Estado individual vendría a resultar del juego normal de las libertades funcionales de los ciudadanos, del Estado y de los hombres libres. El Estado, en particular, por el instrumento de individuos especialmente dotados y que por este hecho se suelen llamar hombres de Estado, busca su libertad funcional al afirmar su autoridad sobre los ciudadanos. Y en un Estado sano, esta autoridad se verá respetada espontáneamente, puesto que es legítima e indispensable no sólo para la existencia del Estado, sino, a través de él, para la plena existencia de sus ciudadanos. Pero desde el momento en que el Estado pretende extender su libertad más allá de los límites funcionales, es decir, desde el momento en que se erige en fin último, absorbiendo el lugar que corresponde a los hombres libres, hay ruptura de equilibrio y de salud pública y tarde o temprano sobreviene una reacción contra el Estado que puede ir hasta el desconocimiento de la autoridad, es decir, de la libertad funcional del Estado, y, por lo tanto, hasta la anarquía.

Observemos, no obstante, que en ciertas condiciones históricas el Estado puede llegar a ser instrumento tan perfecto

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

para la más alta expresión humana de sus súbditos, que el absolutismo venga a producirse sin hacer violencia a las libertades supremas. Así ocurrió, por ejemplo,

en el siglo XVI, cuando Inglaterra, Francia y España llegaron a la plenitud nacional y por una especie de fe colectiva, la monarquía vino a encarnar la voluntad nacional, al punto que los súbditos no sentían la limitación impuesta a sus libertades superiores. Son momentos históricos de "unanimitad". Se producen generalmente como consecuencia de un movimiento de unificación nacional. Esto explicaría ciertos fenómenos contemporáneos que se consideran a sí mismos como dictaduras, quizá erróneamente, puesto que la dictadura es un fenómeno muy distinto del absolutismo, y que sólo se han producido en naciones que han llegado a su unidad en épocas relativamente recientes. Desde este punto de vista, estos movimientos, alguno de los cuales parece imaginarse en la vanguardia de nuestro siglo, serían más bien fenómenos retardatarios de absolutismo.

La dictadura, en efecto, es un fenómeno muy diferente. La palabra romana designaba una forma de gobierno esencialmente transitoria con el fin de atravesar una fase difícil de la historia del Estado. Medida excepcional de salvación, justificaba ciertas limitaciones a las libertades superiores precisamente en nombre de las libertades funcionales del Estado que las circunstancias obligaban a extender a costa de las libertades humanas. Se trataba, pues, de una excepción que confirma la regla. Las llamadas dictaduras contemporáneas podrían conciliarse con nuestros principios si las considerásemos como manifestaciones de unanimidad que permiten a sus súbditos, no solamente como ciudadanos, es decir, como servidores del Estado, sino también como hombres, la plenitud de vida de que son capaces. Así consideradas, se justificarían como fase histórica de gran interés, lo mismo que el absolutismo de Felipe II, de Enrique IV o de la reina Isabel de Inglaterra. Si, por el contrario, intentan erigirse en teoría política que eleva al Estado al rango de finalidad suprema, no pueden considerarse más que como heregías frente a la doctrina ortodoxa del humanismo.

París, enero de 1934.

INDICE



LIBROS QUE LE INTERESAN

Froylán Turcios: <i>Páginas del ayer</i>	3.00
Alexis Tolstoi: <i>El secreto de los rayos infrarrojos</i>	3.75
León Trozki: <i>La situación real de Rusia</i>	3.50
María Villar Buceta: <i>Unanimismo</i>	1.00
Franz Tamayo: <i>Nuevos Rubáyant</i>	3.00
Héctor Velarde: <i>Tumbos de lógica</i>	4.00
Alfonso Ungria: <i>Grandeza y servidumbre de la Prensa</i>	3.50
Javier de Viana: <i>Guri y otras novelas</i>	3.00
Wells: <i>El alimento de los Dioses</i>	3.50
Xavier Villaurrutia: <i>Reflejos</i> . Pasta.....	4.00
Jack London, Dreiser, S. Lewis: <i>10 novelistas americanos</i>	3.00
Carlos Wyld Ospina: <i>El autócrata</i> . (Ensayo político-social).....	4.00
Franz Tamayo: <i>Scherzos</i>	5.00
Rabindranath Tagore: <i>El sentido de la vida (Sadhana)</i>	4.00
Rodolfo Waldo Trine: <i>Mi filosofía y mi religión</i>	2.00
Rodolfo Waldo Trine: <i>Vida nueva</i>	2.00
Rodolfo Waldo Trine: <i>Lo mejor de lo mejor</i>	1.25
Rodolfo Waldo Trine: <i>La mejor ganancia</i>	1.25
Victor de Valdivia: <i>El Imperio Iberoamericano</i>	3.50
Clarín, Valera, Rubén Darío, Etc.: <i>Rodó y sus críticos</i>	3.75
Rabindranath Tagore: <i>El jardinero</i> . Pasta.....	4.00
Juan Nicanor Tinker: <i>La salud por la alimentación racional y compatible</i> . (La ciencia de comer, de seleccionar, de combinar y de preparar los alimentos; de mantener las fuerzas, la salud y la vida, y la de prevenir y curar las enfermedades comunes y especiales).....	5.00

Solicítelos al Admr. del Rep. Am.



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrioles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del SISTEMA "GADI" de la casa norteamericana The Gadi Co.

TELEFONO No. 3736 VICTOR CORDERO & Cía. SAN JOSE, C. R.

Utopía y posibilidad

Por MARIANO PICON-SALAS

= Colaboración.—Santiago de Chile. Abril de 1934 =

La post-guerra repercutió en la América Latina como una crisis de sistemas políticos y agitado impulso de destrucción de ídolos. Contrasta el espíritu crítico de las juventudes americanas a partir de 1920 con la despreocupación y la indiferencia de la generación que nos precedió. En realidad, el Liberalismo ya era sólo un mito, una mentira democrática en nuestras tierras indo-españolas mucho antes de que empezara el siglo xx; tuvo su período heroico, su etapa de encendida lucha doctrinaria allá por 1850 cuando la juventud chilena seguía a Bilbao, a Lastarria, a Vicuña Mackenna; cuando en el Perú predicaba Vigil, y la Argentina se organizaba con aquellas magníficas cabezas que se llamaron Alberdi y Sarmiento. Ellos poseían el sentido de la tierra, rompieron los vestigios del pasado colonial y contribuyeron a desbrozar la barbarie. Vivieron como Sarmiento una estupenda hora gozosa cuando por el Atlántico entraban los emigrantes europeos que lanzarían sobre la pampa nómada la semilla del trigo civilizador, y acuñaban en fórmulas fervientes y precisas la noble esperanza, el naciente humanismo americano: "Gobernar es poblar", "La victoria no da derechos" eran palabras de su justiciero mensaje. Para quienes pensamos que el pasado no se destruye sino se transforma y perfecciona, el sitio de estos hombres es respetable dentro de nuestra tradición americana; sin ellos, nuestra lucha y nuestros problemas se plantearían en un ambiente más sordo, más primitivo y hostil. Pero al alborear el siglo xx todo aquello ya era solamente historia, pasado, tradición. Y como se vendían en los grandes mercados del capitalismo las carnes y el trigo argentino, el salitre chileno, el café del Brasil, nuestra vida colectiva se materializó; las clases dirigentes disfrutaron y dilapidaron la riqueza fácil, la política mecanizada no descendió al subsuelo de la nación a conciliar la discordia social, a recibir el aliento del pueblo. Una vaga esperanza mesiánica, un oscuro instinto de reforma, palpitaba en aquellas turbas inorgánicas que en la Argentina, por ejemplo, seguían al "peludo" Irigoyen. Pero lo característico de las clases dominantes que acaparaban el poder político era su falta de arraigo en la tierra; su rendida servidumbre al capitalismo extranjero, y por ende su cosmopolitismo cultural. Al "americanismo" de un Sarmiento lo sustituía ahora el europeísmo del rastacuero. Hasta en la Literatura, sierva de la Europa decadentista, encontraba expresión este "despaisamiento", este epicureísmo negligente del criollo renegado que se prepara a gozar sin esfuerzo las delicuecencias y primores de una civilización ajena. Se recuerda que la guerra dispersó a estos "decadentes"

americanos que generalmente con dinero fiscal, hacían una literatura de ornamento-literatura para pequeños cenáculos burgueses, bohemia perezosa encandilada bajo las luces de París. Como un símbolo de los nuevos y duros tiempos que comenzaban, el más grande de estos "decadentes", el mayor poeta de América en ese instante, Rubén Darío, cantor del París y de la nostalgia criolla ante la civilización, fué a morir oscu-

ramente en la pequeña ciudad tropical de donde partiera treinta años antes. Y sobrevino para la Europa y el mundo, la liquidación terrible de una historia y una política en bancarrota.

La América Latina entró entonces en un período crítico, en una época de ofensiva y análisis de los valores que hasta ese momento representaban nuestra convivencia histórica, y que ahora perdían fuerza y significación ante la inquietud y los problemas suscitados por la post-guerra. Y la nueva generación hacia 1920 empezó a fermentar la levadura de las nuevas ideas revolucionarias: estudiantes, obreros, todos traían su querrela y su reivindicación; todos se lanzaban contra la mentira democrática y el pseudo-liberalismo en que habíamos vivido. En la crisis de un régimen se juntaban arbitraria y desordenadamente los seguidores de un vago internacionalismo ya desplazado en Europa, y los que ansiaban una política basada en la tierra nuestra, en la hasta entonces muda esfinge de la realidad americana. Contrastando con la ciega confianza y la indolencia repleta de la anterior generación desarraigada, la nueva aplicaba a las cosas el reactivo de su pesimismo crítico; buscaba bajo el oropel de la fórmula o de la ley escrita la realidad vital, monstruosa, subterránea. Hasta algunas bellas palabras gastadas en el comercio de los simuladores y los traficantes, como la palabra "Patria", sonaron mal a esta generación atormentada, sacudida por las teorías, por el aporte confuso de un mundo revolucionario que trituraba doctrinas, realizaba experiencias, avanzaba o retrocedía. Anarquismo, marxismo, nacionalismo eran los ácidos violentos que cada cual aplicaba a la vida y las instituciones tradicionales. En la lucha de la calle y la discusión de la asamblea se expandía este aire revolucionario, esta tormenta que los viejos políticos no previeron. Nunca como entonces—si exceptuamos la época de la Independencia—, se había planteado entre nosotros la lucha entre dos generaciones, entre una vieja y una nueva mentalidad.

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Ramón Pérez de Ayala: <i>Los trabajos de Urbano y Simona</i>	3.50
Pedro Prado: <i>El llamado del mundo</i> ...	3.50
Julia Peterkin: <i>El pecado rojo</i>	3.75
J. Pijoán: <i>Mi don Francisco Giner</i> (1906-1910).....	1.50
Emilia Pardo Bazán: <i>La literatura francesa moderna: El romanticismo</i>	3.50
Pedro Prado: <i>Un juez rural</i>	4.00
Romain Rolland: <i>Vida de Vivekananda</i> . (Ensayo acerca de la Mística y la acción de la India viviente).....	3.50
Emilia Pardo Bazán: <i>Un destripador de antaño</i>	3.50
José Ma. Ruiz Manent: <i>Balmes, la libertad y la constitución</i>	2.25
F. Slang: <i>El acorazado «Potembin»</i> . (Historia de la sublevación de la escuadra rusa a la vista de Odesa en el año 1905).....	5.00
Elifford Raymond: <i>Los seis perseguidos por el muerto</i>	3.50
Pedro Salinas: <i>Fábula y signo</i>	4.00
Jorge Stieler: <i>Malebranche</i>	3.75
Sinclair Lewis: <i>Calle Mayor</i>	4.00
Félix del Valle: <i>El camino hacia mi mismo</i> . Novela.....	3.50
Miguel de Unamuno: <i>De Fuerteventura a París</i>	5.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

Hemos conocido así en los tres últimos lustros un revolucionarismo teórico que de lo político y lo social se comunica a todas las zonas de la existencia colectiva. En la América de estos años recientes quienes no podían revolucionar otra cosa revolucionaban la Ortografía; escribían como los ultraístas y los autores de manifiestos y poemas estudiantiles rebelándose contra la oligarquía de las letras mayúsculas o prescindiendo de la puntuación, hechos nimios que para el historiador revelan el espíritu anti-tradicional, el pequeño síntoma de un nuevo estado de conciencia.

Concedo y comprendo que este revolucionarismo parecía la obligada antítesis del optimismo ciego en que otras generaciones vegetaron y aceptaron todo. Sólo de una vasta disección crítica como la que desde la post-guerra se ha iniciado en la América Latina, puede llegarse a la pura anatomía, al hueso mundo de nuestra realidad. Pero también hay una moda revolucionaria, una demagogia de estilo moderno que a la postre reviene tan estéril y vacía como todos los charlatanismos pretéritos. Por lo mismo que el choque de doctrinas y corrientes políticas ha sido tan desorbitado en los últimos años, el hombre se mueve en un remolino ideológico, arrastrado por la última abstracción, por la más reciente consigna. En vez de dirigir las cosas, se deja aventar por ellas.

Inquirimos ya si en esta acusación y alegato a que hemos sometido el pasado y el presente de América, no se distingue lo utópico de lo realizable; si por conservar una etiqueta de riguroso

doctrinarismo revolucionario nuestra generación no saldrá del terreno de las grandes abstracciones. Mariátegui—el escritor del Perú, una de las figuras más reveladoras de la creación polémica americana entre 1920 y 1930—sentía verdadero terror ante la palabra "Reformismo". Desde su silla de ruedas en que lo postró una prematura enfermedad, Mariátegui atacó a hacha y mandoble el edificio social del Perú; señaló verdades y métodos utilizables para una nueva actitud realista, pero Mariátegui, que no

podía ser hombre de acción, asoció todo cambio al ejemplo ruso. Quiso aclimatar bajo el aire incaico la dialéctica marxista. Y en el Perú interrogan hoy como se interrogarán mañana cuál es el tiempo fijado para esa revolución que vaticinó Mariátegui. En la esperanza, en la servidumbre de la doctrina imposible, una generación pasa y otra la sustituye y olvida.

En medio de las ruinas que hemos acumulado en la demolición de los últimos años, es hora ya de conocer y pensar las bases de la construcción futura; no de la construcción utópica escrita en las bellas líneas del papel, sino de la construcción posible, la que armoniza doctrina y realidades.

Queremos después de la negación y la crítica, la hora afirmativa. Es preciso—aun a trueque de perder popularidad—el balance honrado. Porque lo más trágico que puede acontecerle a una generación es vivir en el culto vaporoso de los fantasmas: confundir sus sueños con la realidad de los otros, correr desalada como detrás de un fuego fatuo, inaprensible, fugitivo. Esta concepción de lo realizable es lo que ahora reclama en la América, el turbulento instinto social. A él y a la necesidad de cumplir nuestro destino histórico, debemos sacrificarle algunos granos de apretada doctrina. Siempre fué superior la acción a la inercia, la vida a la esterilidad. Y acaso muchas de esas cosas que desde su sillón de paralítico llamaba Mariátegui "Reformismo", sean para algunos pueblos nuestros la única solución revolucionaria.

INDICE

ULTIMA REMESA

Edwin R. A. Seligman: <i>Cinco conferencias. Problemas básico latino americanos</i>	2.00
Alfonso Reyes: <i>Romances del Río de Enero</i>	8.00
Antonio Médez Bolio: <i>El libro de Chilam Balam de Chumayel</i>	10.00
Emilia Pardo Bazán: <i>Sud Exprés</i> . (Cuentos)	4.00
J. Miquelarena: <i>Veintitrés</i>	2.50
Rodolfo Rocker: <i>Artistas y rebeldes</i> . (Escritos literarios y sociales)	5.00
Teodoro Dreiser: <i>El financiero</i>	4.25
Victor J. Guevara: <i>Filosofía del suprenacionalismo</i>	3.50
W. Wundt: <i>La evolución de las filosofías</i>	4.25
Frank Wedekind: <i>Despertar de primavera</i> . Traducción de Manuel Pedroso	2.00
José Vasconcelos: <i>Tratado de Metafísica</i>	8.00

Solicítelos al Admr. del Rep. Am.

Finigénito

= De Corazón Aventurero.—Envío del autor =

Tras de pasar el día, de retozo, en la playa,
luciendo tus siete años ante el mar, la agonía
del Sol te envuelve en una suave melancolía...
Te quedas en suspenso, contemplando la raya
del horizonte; y pienso que amas la lejanía...

¿Amas la lejanía y el viaje y la aventura?...
No en vano la mirada se te va por la anchura...

Hijo mío: en tus ojos se refleja mi vida...
¿No serás tú la parte de mi alma que se siente,
después de medio siglo, del cuerpo desprendida
y lucha hasta que logra reencarnar nuevamente?
¿No iré en tu carne pura mi alma entrando a medio
que se va desprendiendo de mi carne doliente?...

Hijo de la que tengo por mi última demencia,
ya que en ella he agotado fantasía y pasión,
puesto que mi pecado dió vida a tu inocencia,
tú eres para mí el Ángel de la Resurrección.

Resucito en ti... Sólo se explica así el cariño
de que por ti estoy lleno más que por mí. Daría
mi dolor de hombre en pago de tu placer de niño...
Es que en tu alma me siento tal vez más que en la mía.

Por eso, al sorprenderte viendo, ante el mar en calma,
el horizonte, pienso que amas la lejanía...

¿Sientes tú que te atrae desde el fondo de mi alma
o siento yo en tus ojos su atracción todavía?

También buscas el humo del buque, en cuya estela
urde el mar la aventura... También buscas la vela,
en cuya palpitante concavidad el viento
pone un soplo de vida... La vida es movimiento.
Hay que vivir, moverse, viajar... ¡Gloria a las naves!
El Destino confía sus misteriosas claves
al curso de los astros y al vuelo de las aves...
Hijo mío: si quieres vivir, viaja. Así sea.
Lucha como una quilla contra viento y marea...

Tal me complace verte dibujar naves y olas,
con lápiz espontáneo lleno de maestría.
Largas horas con ello te distraes a solas...
¿Quién te mueve la mano, si no es el alma mía?

Si mi vida refléjase en tus ojos profundos,
tus sonrisas son como promesas de otros mundos...
¿Entro yo en ti o tú llegas a mí desde muy lejos?...
No sé: a la vez me ofraces promesas y reflejos...

Sin dejar de ser ángel, comienzas ya a ser hombre...
¿No te quiebra las alas el peso de mi nombre?
Como purificado quedo con tu pureza,
la vida en mi concluye por ser la que en ti empieza...

José Santos Chocano

INDICE

DEL TOMO XXVIII

AUTORES Y ASUNTOS

- A**lberti, Rafael.—Ladera de la muerte en la poesía de Julio Supervielle, pág. 73.
Alonso, Amado.—Karl Vossler y Lope de Vega, pág. 305.
Alvarado Quirós, Alejandro.—«De adentro», pág. 175.
Amighetti, Frco.—Poesías inéditas, pág. 197.—Foujita, pág. 368.
Amunátegui Solar, Domingo.—*Don Pancho Garuya*, pág. 247.
Antología de Valle, pág. 131.
Arciniegas, German.—Carta a Haya de la Torre, pág. 8.
Arciniegas, Ismael Enrique.—Palique, pág. 44.
Arévalo Martínez, R.—Poemas nuevos, pág. 364.
Arguedas, Alcides.—La muerte de José Asunción Silva, pág. 168.—La vida inquieta y trabajadora de Jorge Isaacs, pág. 353.
Arias, Augusto.—Del libro *El Cristal Indígena*, págs. 193, 213, 262 y 278.
Armenteros, Carlos F. de.—El imperialismo económico en América: posibles defensas, pág. 84.
Arvelo Larriva, Alfredo.—A Lisandro Alvarado, pág. 376.
Azorín.—Observaciones sobre un libro, pág. 79.—El centenario de Pereda, pág. 120.—El mejor rector, pág. 174.—De casta le viene al gallo, pág. 180.—El centenario de Pedro Antonio de Alarcón, pág. 232.—Hablando de Cervantes, pág. 264.—Un libro de Marañón, pág. 289.
- B.** de la O.—Otro centenario que pasó inadvertido, págs. 161 y 189.
Baroja, Pio.—La lucha de razas, pág. 329.
Bartok, Bela.—Cinco piezas infantiles para niños, pág. 187.
Bergamín, José.—Poesías de verdad, pág. 160.
Bertrand, Victoria.—Poesías, pág. 295.
Bianchi, Rienzo.—¿Retorno a Carducci?, pág. 49.
Binignat, Fernando.—Dos poemas, pág. 274.
Blum, Leon.—Estudio crítico del método socialista, pág. 249.
Bontempelli, Massimo.—En Africa, pág. 90.
Brenes Mesén, R.—*Don Pancho Garuya*, pág. 246.—Misión de las *elites*, pág. 273.
- Camino, Juan del.**—Contra un medio que con gemes tiraniza y se impone, pág. 5.—A tiempo que una ciudad se divierte con un paso doble..., pág. 20.—Otra vez con Eremburg y su libro «España, República de Trabajadores», pág. 35.—Comentarios a una meditación política de Juan Marinello, pág. 60.—Acerca de lo que los ingenuos llaman por ahí política del «buen vecino» del astuto imperialismo yanqui, pág. 68.—La lección de Fernando González en «El Hermafrodita Dormido», pág. 81.—Acerca de un farisaico y pasajero escándalo, pág. 126.—En Valle pensamos..., pág. 129.—A un siglo y cuarto del nacimiento de Lincoln, pág. 153.—En Grau San Martín tuvo Cuba un Presidente que quiso trabajar por libertarla de la voracidad del imperialismo yanqui, pág. 165.—Relaciones centroamericanas... sí, pero, etc., pág. 181.—Se trata de los Oliverottos de Nicaragua, pág. 201.—Las Américas son dos, sin confusión alguna, pág. 217.—A gentes arrimadizas y serviles el yanqui las desprecia, pág. 235.—De la fatídica carretera panamericana, pág. 244.—Hablemos por Juan Marinello y pidamos su libertad, pág. 261.—Hacer política es engañar, pág. 275.—En el aniversario 39º de la muerte de José Martí, pág. 296.—El escritor yanqui Gruening se atrevió a decir..., pág. 311.—En Costa Rica, por lo antigua y poderosa, la United Fruit Co., etc., pág. 326.—De un ruidoso claxon del imperialismo yanqui, pág. 346.—Sigamos con Mr. Castle, pág. 357.
Calvo, Luis.—Stanley Baldwin, pág. 372.
Cañas, Salvador.—Los poemas de Emma Posada, pág. 284.
Carrancá y Trujillo, Raúl.—En torno a Naveda, pág. 325.
Cardoza y Aragón, Luis.—Andrés Gide y el comunismo, pág. 66.
Carrera Andrade, Jorge.—Tres itinerarios de Europa, pág. 147.
Carrión, Alejandro.—Carta alusiva, pág. 319.—Luz del nuevo paisaje, y Sequia, pág. 318.
Casares, Jorge.—Guillermo Enrique Hudson y su amor a los pájaros, pág. 99.
Castillo, Abel Romeo.—Recuerdo emocionado de Naveda en el 2.º aniversario de su muerte, pág. 321.
Collor, Lindolfo.—La tragedia física del Chaco, pág. 209.—La «facies» económicas del Chaco, pág. 242.
Comas Solá, José.—Fragmentos, pág. 116.
Conde, Carmen.—Poemas de niños, pág. 352.
Cuatro juicios sobre *José Martí en Costa Rica*, de Carlos Jinesta, pág. 271.
Cunninghame, Roberto B.—«Allá lejos y hace mucho tiempo», pág. 97.
- Chocano, José Santos.**—Dos poemas, pág. 158.—Oda cíclica, pág. 279.—Al finigénito, pág. 382.
- D'Ascoli, Carlos A.**—Ylya Eheremburgh y la realidad española, pág. 18.—Más allá de Eheremburgh y su libro «España, República de Trabajadores», pág. 124.
Defensor de la cultura antigua y animador de la cultura nueva, Lunatcharsky, fué trasformador, pág. 121.
Del testimonio de Valle, págs. 28, 54, 91, 117 y 365.
Díaz Plaja, Gmo.—La «Literatura Española» de Pfandl, pág. 31.
Dominguez, Manuel.—El pan y el tumor maldito, pág. 21.
Dominguez, María Alicia.—La prisionera, pág. 296.
Dos notas que ahora es oportuno recordar, pág. 54.
- El fracaso diplomático intervencionista**, pág. 343.
En el centenario del prócer, pág. 129.
Ellis, Havelock.—La educación sexual, pág. 228.—Las desviaciones sexuales en los niños, pág. 357.
Enamorado Cuesta, J.—El panamericanismo en acción, pág. 363.
Erenburg, Elías.—El camino de Andrés Gide, pág. 65.
Espinoza, Enrique.—Carta alusiva, pág. 105.
- Fay, Bernard.**—El conocimiento y la percepción en historia literaria, pág. 332.
Flores, Mario.—Algo más sobre Rubén Darío en Costa Rica, pág. 256.
Franco, Luis.—Jesús y Juan, pág. 182.
Frank, Waldo.—W. F. hace profesión de fe comunista, pág. 248.
- García, Antonio.**—Poemas proletarios, pág. 141.
García Calderón, Frco.—Un hispanista francés, don Raimundo Foulché-Delbosch, pág. 24.
Garnett, Edward.—Una nota sobre el genio de Hudson, pág. 103.
Gerchunoff, Alberto.—Pirandello y Bontempelli en Buenos Aires, pág. 14.
George, Stefan.—Poemas, pág. 23.
Giusti, Roberto F.—Estos renglones..., pág. 229.
González, Fernando.—Salidas en «El Hermafrodita Dormido», pág. 82.
Gorki, Máximo.—Cómo trabajo, pág. 17.—Un nuevo Humanismo, pág. 57.
Gruening, Ernesto H.—El fiasco de Cuba, pág. 311.
Guerra Trigueros, Alberto.—Poesías inéditas, pág. 345.
Guiral, Maggie.—La crisis del espíritu y Paul Valéry, pág. 273.
- Halevy, Daniel.**—Releamos a Renán, pág. 225.
Haya de la Torre.—Los Estados Unidos de la América Latina?, pág. 10.—El Aprismo en el Perú, pág. 269.
Henríquez Ureña, Max.—Mi último recuerdo de Varona, pág. 22.
Heredia, José María de.—Poemas, pág. 44.
Herrera, Carlos A.—Poesías, pág. 191.
Hudson, E. G.—Horneros, pág. 104.—El cardenal, pág. 105.
Henríquez Ureña, Pedro.—Raza y cultura, pág. 3.—El modelo estrófico de los «Layes, decires y canciones» de Rubén Darío, pág. 143.
- Ibarbourou, Juana de.**—Estampas de la Biblia, pág. 184.
- Jaramillo Meza, J. B.**—En la sala de estudio, pág. 253.
Jarnés, Benjamín.—Cándidos y candidatos, pág. 87.—Un independiente, pág. 336.
Jiménez, Max.—Del desencantamiento, pág. 7.—El compañero Estrada, pág. 62.—Después es tarde, pág. 86.—La tragedia de lo grande, pág. 135.—Los hombres de Domingo Vázquez, pág. 183.—Victoria Bertrand, pág. 295.—El arco iris sin color, pág. 310.—España sangrienta..., pág. 359.
Jiménez Alpizar, Ricardo.—Mítica, pág. 212.
Jinesta, Carlos.—Voltaire y Rodó, pág. 294.
- Lars, Claudia.**—Canción de la dulce vida, pág. 119.—Canto del viaje de regreso, pág. 231.—Canción de una noche de enero, pág. 271.—El último libro de Salarrué, p. 344.
Liacho Lázaro.—Horacio Quiroga, el hombre poderoso, pág. 144.
Libros y Autores.—pág. 286
Lisazo, Félix.—*Bolívar y Martí*, por Emeterio S. Santovenia, pág. 224.—Actitudes filosóficas en España y en Hispanoamérica, pág. 307.
Lombardo Toledano, Vicente.—México y el derecho de asilo político, pág. 367.
López, Jacinto.—Bolivia, nación oceánica, no rioaria, pág. 135.
López de Mesa, Luis.—Idealismo colombiano, pág. 280.
Lugones, Leopoldo.—El lenguaje pobre, pág. 157.
- Llanos, Antonio.**—Sonetos, pág. 95.
- Mac-Donagh, Emiliano.**—Hudson y la naturaleza intangible, pág. 107.
Macaya Lahmann, Enrique.—El último libro de Mario Sancho: *Viajes y Lecturas*, pág. 200.—El concepto de la cultura, pág. 259.
Machado, Antonio.—Últimas lamentaciones de Abel Martín, pág. 115.—Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia, pág. 369.
Madariaga, Salvador de.—Libertad y autoridad, pág. 377.
Magón.—Allá en las montañas..., pág. 69.—El cacao del año, pág. 281.
Manuel Ugarte le habla a los jóvenes de la AGELA, pág. 123.
Mann, Heinrich.—Los dictadores, pág. 290.
Marañón, Gregorio.—El Dr. Marañón se dirige a los estudiantes, pág. 206.
Marinello, Juan.—La delegación anti-imperialista norteamericana, pág. 28.—Significación de Varona, pág. 177.
Martínez Espinosa, Nela.—Allá, pág. 319.
Maya, Rafael.—Antonio Llanos, pág. 88.

- Meza Fuentes, Roberto.—Paz en América, pág. 222.
 Mientras un pueblo no conviva con sus artistas no sabrá distinguir nunca su propio acento, pág. 374.
 Monzie, Anatolio de.—El derecho de la Nación en la escuela, pág. 39.
 Mr. Frank Tannenbaum, pág. 123.
 Mistral, Gabriela.—Nuestra Colombia, pág. 12.—Carmen Conde, contadora de la infancia, pág. 347.—Nocturno de los tejedores, pág. 373.
 Mora, Jorge.—Ecuación desesperada, pág. 319.
 Morales Pino, Augusto.—Romance de la amistad póstuma, pág. 143.
 Morales, Ricardo A.—¿La fuerza será justa con Panamá?, pág. 79.
 Muñoz de Quevedo, María.—Música para niños, pág. 185.
 Murillo, Vital.—Teoremas y corolarios, pág. 333.
- N**apolitano, Gian Gaspare.—Massimo Bontempelli, pág. 89.
 Naveda, C. A.—Pensamientos, pág. 321.
 Nieto Caballero, L. E.—El General Sandino, pág. 136.—La mejor lección de Méjico, pág. 277.
 Noticia de libros, págs. 15, 47, 63, 110, 167, 207 y 247.
 Núñez y Domínguez, R.—Lunacharsky y *Don Quijote*, pág. 208.
- O**bregón, Antonio de.—*El profesor inútil*, de Benjamín Jarnés, pág. 288.
 Obregón Loria, Rafael.—Don José Comas Solá, ilustre astrónomo español pág. 116.
 O'Leary, Juan B.—Blanco Fombona, Gobernador de Almería, pág. 9.
 Onís, Federico de.—Arturo Torres Rioseco, pág. 80.
 Ortega Díaz, Adolfo.—Salarrué, pág. 337.
 Ortega y Gasset, José.—Viva la República, pág. 40.—La necesaria experiencia del error, pág. 40.
- P**acheco, León.—Jules Supervielle o la aventura de la poesía, pág. 74.—Escepticismo democrático, pág. 150.—Los «Cuentos de Barro» de Salarrué, pág. 344.
 Padilla, Jorge.—Sandino, pág. 201.
 Palacios, Pablo.—Dos páginas características, pág. 13.
 Pallais, A. H.—La balada de León y Granada en Nicaragua, pág. 224.—La otra balada de piedra, pág. 350.
 Pena, Leonardo.—La sombra en el camino del hombre, pág. 302.—Alcídes Arguedas, pág. 360.
 Pereyra, Carlos.—La dramaturgia del «Manifiesto comunista», pág. 159.
 Picón-Salas, Mariano.—Intuición de Chile, pág. 50.—Hacia una voluntad de poder, págs. 197 y 220.—Spengler y la América latina, pág. 241.—Utopía y posibilidad, pág. 381.
 Piedra Bueno, Andrés de.—Versos a Pascualita, pág. 268.
 Pijoán, José.—Ayer y hoy, pág. 25.—Marcha atrás?... No., pág. 25.—Los jóvenes, pág. 134.—La supuesta falta de hombres, pág. 199.—Lo de que «salga lo que salga», pág. 230.—El servidor moderno del Estado, pág. 276.—Elogio de las minorías, pág. 349.
 Pocaterra, José Rafael.—Alfredo Arvelo Larriva, pág. 376.
 Portal, Magda.—La crisis del Perú, pág. 171.
 Posada, Emma.—Algunos poemas, pág. 284.
- R**amírez, Octavio.—María Eugenia Vaz Ferreira, pág. 113.
 Reyes, Alfonso.—Imágen de América, pág. 376.
 Riaño Jauma, Ricardo.—Carta, pág. 294.
Rincón de los niños.—El dueño de la pollina, por Leopoldo Lugones; Ejemplos, por Fray Luis de Granada; La Madre Granada, por Gabriela Mistral, pág. 192.
 Roa, Raúl.—Palabras en la tumba de Enrique José Varona, pág. 233.
 Roberts, Morley.—Guillermo Enrique Hudson. Sus últimos instantes, pág. 108.
 Rodríguez, Carlos Rafael.—Varona, pág. 177.
 Roig de Leuchsenring, Emilio.—Desunión, pág. 37.
 Romero, Francisco.—Lectura de Diderot, pág. 304.
 Rosales, Ramon.—«El Libertador Presidente», pág. 265.
- S**abas Alomá, Mariblanca.—El militar frente al civil, pág. 365.
 Sacotto Arias, Augusto.—Encuesta a los puntos cardinales, pág. 318.
 Sáenz, Carlos Luis.—Romance de Navidad, pág. 30.—Rafael Estrada, pág. 64.—Poesías inéditas, pág. 199.
 Sáenz, Samuel.—Carta alusiva, pág. 333.
 Salarrué.—Cuatro cuentos, pág. 340.
 Salas Viu, V.—El amor en Rainer Maria Rilke, pág. 96.
 Salazar, Carlos M.—El hombre solo, pág. 240.—La hoguera, pág. 320.
 Sánchez, Luis Alberto.—Hombres, libros y cosas—«La vida del ahorcado», pág. 16.—Radiografía del intelectual distinguido que resultó profesor sensato, pág. 132.—Pornocracia y cleptocracia, pág. 270.—Spengler, delirante, pág. 370.
 Santayana, Jorge.—Breve historia de mis opiniones, págs. 33, 56 y 76.
 Sancho, Mario.—En Costa Rica resulta más difícil deshacerse de un libro que hacerlo (Carta a Cl. Picado T.), pág. 70.—Una página perspicaz de Pio Viquez. Carta alusiva, pág. 128.
 Santavenia, Emeterio S.—Cuatro capítulos de un libro útil y justo, págs. 216 y 238.
 Sarmiento habla de Lincoln, pág. 153.
 Scarzolo Travieso, Luis.—Al recordar a Delmira Agustini, pág. 40.
 Se habla de dos libros costarricenses, pág. 142.
 Sender, Ramón J.—Lunacharsky, pág. 121.
 Shelley Percy, B.—La sensitiva, pág. 169.
 Serrano Plaja, Arturo.—Antonio Machado y el comunismo, pág. 369.
 Solano, Armando.—«Ulenspiegel», pág. 145.—Don Quijote en América, pág. 257.
 Sorel, Enrique.—Sandino el libertador y Martí el comunista, pág. 176.
 Sotela, Rogelio.—Hacia Nueva York, pág. 67.—Un cuento, pág. 198.—Las voces del radio, pág. 231.
 Sux, Alejandro.—«El dolor de escribir», último libro de Manuel Ugarte, pág. 47.—Por los fueros de la imaginación, pág. 89.
- T**ablero, pág. 31, 47, 63.
 Tagle, Armando.—El misticismo de Joaquín V. González, pág. 152.
 Terán, Juan B.—Tribu-escuela, pág. 93.
 Trotsky, León.—Retrato del nacional-socialismo, pág. 313.
 Torres Bodet, Jaime.—Fantasías sudamericanas, pág. 328.
 Torres Rioseco, Arturo.—Bibliografía Hispanoamericana, 1933, págs. 335 y 350.
 Tovar, Rómulo. A propósito de Renán, pág. 227.—La nueva guerra, pág. 334.
- U**garte, Manuel.—Carta, pág. 293.—Referencia a Naveda, pág. 325.
 Unamuno, Miguel de.—Regueldos, pág. 11.—Cartas al amigo, pág. 39.—Autenticidad, pág. 361.
- V**aldés, Francisco.—Poemas, pág. 7.
 Valencia, Miguel Santiago.—El periodismo, págs. 164 y 195.
 Valle, José Cecilio.—Soñaba el Abad de San Pedro, y yo también se soñar, pág. 217.
 Valle, Raf. Heliodoro.—Don José del Valle, hombre de América, pág. 2.—Jorge Guillermo Leguía, pág. 286.
 Varona, E. J.—Juicio acerca de Haya de la Torre, pág. 8.
 Vasconcelos, José.—Tres pláticas, pág. 137.—Los barones del robo, pág. 292.—Sandino héroe y víctima, pág. 312.
 Vera, Pedro Jorge.—Poema del amor esclavo, pág. 319.
 Viera Altamirano, N.—¿Y qué haremos después?, pág. 142.—Ha sido asesinado el libertador, pág. 176.
- W**ells, H. G.—Desafío a los quemadores de libros, pág. 272.
- Z**amacois, Eduardo.—A propósito de Unamuno, pág. 361.
 Zavala, Jesús.—Oda funambulesca a San Luis Potosí, pág. 255.

Erratas en la Oda ciclica de Chocano

Página 279 de este tomo:

Dice:

.....
 ¿Son los Kuravas y Pandovas
 que ruedan, con litúrgico estruendo,
 por la escalinata sombría
 de los indostánicos versos?
 ¿Son los Kuravas y Pandavas,
 que en la gran biblia indígena del Popol-Vuh hermético,
 como a la luz de tres antorchas,
 se matan a la luz de tres ciudades locas en tres incendios?...

Debe decir:

.....
 ¿Son los Kuravas y Pandavas
 que ruedan, con litúrgico estruendo,
 por la escalinata ~~sombría~~
 de los indostánicos versos?
 ¿Son los Quichés y Mayas
 que en la gran biblia indígena del Popol-Vuh hermético,
 como a la luz de tres antorchas,
 se matan a la luz de tres ciudades locas en tres incendios?...